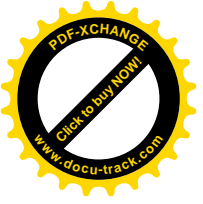


Color de uva verde

MONTSERRAT ABUMALHAM



Para Luis



COLOR DE UVA VERDE

Unas veces en el coche de los Sempere, otras en el de los Rellán y muchas en el de mi padre, íbamos; un amasijo de piernas de niños sudorosas en la parte trasera, a la playa de Río Martín y era un ritual pararse en alguna de las huertas del camino a comprar uva moscatel.

Una uva de grano grande, piel lisa y reluciente, ligeramente ovalada, de carne jugosa y pepitas gordas que, decía mi madre, ésta es para el postre, pero casi nunca llegaba a la playa más que la escobilla del racimo y nosotros con la cara y las manos pringosas.

A mí jamás me llamó la atención el color de aquella uva. Por aquel entonces, yo creía que toda la uva era así o, mejor dicho, que uva-uva era la uva verde de Río Martín. Del mismo modo que río era el de mi pueblo, montañas las de mi pueblo o viento el que soplaban en la calle Sidi Mandri siempre.

Un día de aquellos de cualquier verano soplaban un fuerte viento de levante. Cuidado con la resaca decían las madres; todas las madres. Los niños nos quedábamos en el rompiente de las olas y dejábamos que la marea arrastrara la arena de debajo de nuestros pies, haciendo hoyos. Cuando el hoyo era muy profundo y la fuerza de la ola nos hacía tambalear, nos cambiábamos de sitio y vuelta a pelear con las olas, como si en algún caso nosotros pudiéramos llegar a ganarle al mar.

Pero aquel día, a pesar del fuerte viento de levante, las olas parecían mansas y no dejaban hoyos debajo de nuestros pies. Me confié, avancé decidida, dando saltitos de lado para que la ola no me salpicara la barriga -eso daba mucho frío-, y tan tranquila estaba que no oí una voz que decía ¡ojo al escalón! La resaca a veces en vez de dejar hoyos bajo los pies de los niños excavaba un escalón que quedaba cubierto por las espumas y no se veía. Dabas un paso y ya te llegaba el agua a los sobacos, cuando antes de echar el pie ni te alcanzaba el tobillo.

Ese día en que soplaban levante fuerte, pero no lo parecía, yo avanzaba tan tranquila, dando saltitos. Di un paso y me hundí. Cuando abrí los ojos, con los dientes apretados, estaba dentro de una uva verde. Abrí la boca, pero no era dulce, era salada, muy salada. Yo sabía que mi culo flotaba por encima de las olas, pero mi cabeza estaba metida del todo en aquella uva verde salada que no me dejaba respirar. Pasaron dos o tres siglos, quizá mil, y una mano me arrancó los pelos de la cabeza y me sacó de la uva verde.

Desde entonces sé muy bien que el mar es una uva verde. Dulce, sabrosa, llena de azúcar y vida, pero si te llena los ojos y la boca es muerte. Cada vez que tengo que pensar qué es la vida y qué es la muerte, tengo que ir al lado del mar.

Sólo una cosa no he sabido aprender. Sigue sin haber más río que el de mi pueblo, ni más montañas que las de mi pueblo, cuando trinan los vencejos estoy en la plaza de la iglesia de mi pueblo, cuando sopla el viento es la calle Sidi Mandri, si miro al mar, sólo el Mediterráneo es un mar. Sólo él es una uva verde.



UN SUEÑO

Anoche tuve un sueño. Yo observaba a un perro grande, atado con una cadena a su caseta. El perro se agitaba arriba y abajo, dando saltos y gruñidos. Algo parecía alterarlo. Fijé la vista y pude darme cuenta de que entre las mandíbulas sujetaba algo que parecía una paleta de jugar al ping-pong. Sin embargo, al poco, vi que se trataba de una paleta algo rara en forma triangular. En realidad era una cabeza como de zorro, pensé en el sueño. Estaba aplastada y los ojos le quedaban en un lado como los de los lenguados, pero aún conservaba algo de pelambre blanca y gris componiendo un antifaz en torno a los ojos.

El perro seguía dando carreras a un lado y otro y mordiendo con saña aquella extraña cabeza que parecía producto de la errónea manipulación de un mal taxidermista. Finalmente el perro se detuvo en su carrera con aire triunfante. Había conseguido hundir sus colmillos en los pocos restos de carne que quedaban en aquella pieza disecada.

Medio desperté espumando babas sobre la almohada. En ese instante, aún alcancé a ver cómo desde la boca del perro caían unas bolitas menudas que se desparramaban por el suelo y empezaban a reptar; eran minúsculos gusanillos de color de rosa.

A la mañana siguiente, recordaba con toda perfección el sueño y dos cosas me extrañaban. La primera, que toda la visión había sido en tonos grises, excepto los gusanillos de color de rosa. La segunda, era más bien una pregunta ¿en qué momento me había convertido yo en el perro?

Traté de imaginar cómo sería una sesión con mi psicoanalista en la que yo le explicaba este sueño. Me preguntaría: ¿Qué sintió usted cuando se despertó babeando? ¿Qué asocia con los perros? ¿Qué pensó nada más despertar? ¿Sentía angustia? Pero no fui capaz de concentrarme en este juego. Sólo pensé: acabo de escupir, para siempre, carroña que tenía en la boca. Cogí la toalla y me fui a la playa. Soplaba una suave brisa del sur que rizaba las puntas de las olas. Soy la reina de la mar.



SUICIDA

Un fuerte temporal de viento de levante llevaba azotando el Estrecho y la ciudad desde el último día de septiembre. Mi madre le llamaba a aquellos temporales los "cordonzos de San Francisco". Decía que cada año en torno a la festividad de San Francisco de Asís el mar se encrespaba, soplaban fuerte el viento, las nubes corrían raudas y cargadas de lluvia de levante a poniente y sólo después del cuatro de octubre volvía el mar a apaciguarse y se iniciaba la parte más amable y dulce del otoño. Decía que San Francisco removía el mar al golpearlo con su cordón anudado a trechos.

No sé si ésta era verdaderamente la razón de aquellos temporales, pero, con mayor o menor exactitud se producían a finales de septiembre, haciendo que las últimas tardes de vacaciones fueran melancólicas y grises. Yo apuraba esos últimos días de playa, aunque llevaba ya una larga temporada de baños que se iniciaba en el mes de junio, de manera continuada, pero que había empezado en abril, durante las vacaciones de Semana Santa. No obstante, los baños de septiembre eran como ese bocado último que va uno dejando en el plato y que se lleva a la boca con deleite. Además aquellos últimos días de playa eran los que precedían al inicio de las clases, y aunque a mí me encantaba volver al instituto, porque era cuando me relacionaba verdaderamente con gente de mi edad y hacía la vida normal que corresponde a alguien con trece, catorce, quince o dieciséis años, me parecía que me estaban robando una última diversión que me tenía cuidadosamente reservada, antes de regresar a la rutina de los madrugones y los deberes de colegio.

Pero, allí estaba San Francisco de nuevo, agitando con su cordón anudado las profundidades del mar. El cielo se volvía plomizo, las olas superaban las barreras del puerto y agitaban sus aguas de tal modo que algunas pateras y botes del muelle de pescadores se anegaban y se hundían en el lecho legamoso. Era peligroso pasear por la "carretera nueva" porque, en algunos lugares, las olas superaban la altura de los mojones de protección e invadían la calzada, amenazando con arrastrar a los pocos transeúntes que se arriesgaban. El mar tomaba una coloración entre gris y rojiza y hacía remolinos que parecían pozos, vistos desde los acantilados. Las olas, al batir contra las rocas, levantaban una nube de gotitas que volvían las orillas nebulosas y desdibujaban los perfiles de la ciudad. Sobre aquella bruma que venía desde abajo, emergían los campanarios de las iglesias, las copas de algunas palmeras y el monte con su fortificación en lo alto. La ciudad, vista desde lo alto, parecía una acuarela medio desdibujada por un exceso de agua. Además, la humedad reinante me empañaba los cristales de las gafas y todo se presentaba ante mis ojos con perfiles imprecisos.

En aquellos días tristes, grises, neblinosos y melancólicos del fin del verano, me gustaba calarme un chubasquero, mimetizarme con el paisaje y el clima y deambular por la orilla del mar. Yo arrastraba una adolescencia poco común, siempre rodeada de personas mayores que tenían más problemas de los que podían solucionar y yo tenía el problema de no tener más problema que los propios de mi edad. Los mayores compartían sus problemas y discutían o dejaban de hablarse, según vinieran las cosas. Yo, en



cambio, no tenía con quien compartíroslos, aunque fuera a mamporros, y había escogido al mar como espejo de las alternativas de mi estado de ánimo o, más bien, acomodaba las mudanzas de mi ánimo a los cambios del viento. Si soplaban poniente, yo me sentía ligera y seca, si sur, yo me sentía violenta y cálida, y, si levante, me sentía brumosa y melancólica.

Aquel fin de septiembre, como tantas otras veces, aprovechando el temporal de levante, yo caminaba por la orilla del mar, protegida por el chubasquero y por la balaustrada, y contemplaba los remolinos, las olas, el mar plomizo, los perfiles desdibujados de los edificios y sentía cómo la cara me chorreaba de humedad y cómo los cristales de mis gafas se empañaban progresivamente. Sentía un infinito deseo de llorar por nada, simplemente porque hacía levante, y esa sensación de vacío me producía una inmensa paz interior. Iba pensando; es estupendo llorar por nada, es mucho mejor que tener razones para llorar. Así puede uno llorar mucho rato seguido, sin cansarse y sin luchar contra el sentimiento de dolor o angustia o cualquier otra razón que te provoca las lágrimas. Llorar es de débiles, en cambio así, por nada, es una especie de ejercicio físico, una gimnasia espiritual, una representación teatral que pone a prueba la capacidad de imitar un sentimiento real. Me encantó aquella idea; podía fingir una pasión terrible y derramar amargas lágrimas, sin que en realidad se me alterara el espíritu por ningún mal. ¡Dios mío, pensé, lo que te enseña el mar!

Cuando me cansé de aquel ejercicio, empecé a comparar la imagen bramadora que el mar presentaba en aquel momento con la que recordaba de apenas dos días antes, cuando soplaban una suave brisa y pequeñas olitas, flecos mínimos de un manto azul intenso, lamían la arena de la playa suave y blandamente, sin apenas hacer ruido. Imaginé que el mar fingía una enorme cólera, provocada quién sabe por qué, que había alterado esa otra manifestación de su carácter inofensivo y pensé ¡cómo se parece el mar a las personas! Cuántas veces la gente cambia de humor sin que se sepa la razón y, luego, se descubre que estaban fingiendo un desagrado o un disgusto que no sentían. También me sugirió la idea de que era muy posible que el mar tuviera sus buenas razones para estar enfadado, o que simplemente, a pesar de su grandeza, fuera el juguete del viento burlón, como las mismas personas que viven en realidad vidas prestadas. Esas, aunque parezcan muy importantes, cambian de humor, zarandeadas por las acciones de otras personas, aparentemente menos influyentes.

En fin, ya no puedo recordar cuántas cosas aprendía, en aquellos paseos, acerca de la vida y de los hombres, de mí misma y de los que me rodeaban con sólo contemplar las mudanzas del mar.

A la mañana siguiente, cuando iba a comprar el pan, me tropecé con un conocido que me preguntó si me pasaba algo. Yo le respondí que no, que estaba bien. Entonces me replicó: No sabes cómo me alegro. Ayer te vi andar, como perdida, por la orilla del mar. Te llamé y no me oíste y me fui a casa preocupado, pensando que tenías un cierto aire suicida.



VIAJAR

I

Viajando se aprende muchísimo. Esta es una afirmación que mucha gente tiene por buena. No obstante, pareciera que ese conocimiento sólo se adquiere si el viaje discurre por lugares lejanos y tierras exóticas, habitadas por pueblos con costumbres peculiares o, también, por esos otros países y territorios que, periódicamente, se convierten en la “cuna de la civilización” y nos parecen mucho más avanzados y sofisticados que nuestro lugar de origen.

Hace algunos años, viajé a Bruselas en compañía de mi marido. En nuestro deambular por la ciudad, terminamos comiendo en un pequeño restaurante griego, regentado por un hombre de mediana edad, alto, recio de cuerpo, velludo y cargado de gruesos collares, pulseras y anillos de oro. Su desenvoltura y su aspecto ostentoso contrastaban enormemente con el diminuto espacio en el que estaban dispuestas unas mesitas pensadas para clientes liliputienses. Parecía uno de esos hábiles bailarines de cabaret que son capaces de hacer las más arriesgadas piruetas, en grupo o individualmente, en un escenario de cuatro metros cuadrados. Sus idas y venidas, las órdenes que emitía, las conversaciones que mantenía con clientes que parecían habituales o con compatriotas que lo visitaban le daban un aire de pequeño mariscal de campo o de dictador de una república bananera. El tipo era tan singular que yo no podía quitarle la vista de encima.

Fuera, en la calle, llovía mansamente y hacía frío. Nosotros comíamos muy despacio, porque no nos apetecía volver a lanzarnos al desapacible exterior. Insensiblemente y para alargar la estancia en el restaurante, le empecé a contar a mi marido la historia de aquel griego. Es decir, me inventé la historia que daba razón de la presencia de aquel griego en Bruselas y explicaba cuál era la red de relaciones que había establecido allí. Para cada uno de sus gestos y actitudes hallé una justificación, supe cómo se había formado aquel carácter, por qué se comportaba como lo hacía y por qué sus clientes y visitantes acudían a su negocio.

Muchos años después, volví a Bruselas y fui a comer al mismo restaurante. El griego no estaba. En su lugar había un hombre joven que no poseía la misma magnífica estampa de su predecesor, aunque no era ni feo ni vulgar. Tuve la tentación de preguntar por el anterior jefe, pero me di cuenta de que no podía reconstruir su historia porque la había olvidado. Siempre he lamentado no haber escrito aquella historia que supe en Bruselas acerca de aquel griego.

II

No hace mucho, tuve que ir a visitar a unos amigos y, por la carretera por la que pasé, en un radio de unos seis kilómetros, se acumulan varios caseríos y pueblos que responden a los siguientes nombres:



La Paca, Doña Inés, Don Gonzalo y Colonia Santa Teresa.

Los tres primeros mantienen una cierta relación de mayor cercanía y dan toda la impresión de poseer un vínculo entre sí, incluso por su situación geográfica.

Primero, se encuentra uno a Don Gonzalo que, en realidad parece haber sido una antigua finca, con su casa noble, su capilla casi iglesia, y una serie de construcciones destinadas a diversos usos agrícolas, así como a vivienda de jornaleros y sirvientes. La Paca está en la misma línea de carretera que Don Gonzalo y a muy poca distancia, tanto que se diría que existe una relación íntima entre ambos. Por su parte, Doña Inés no es sino una sugerencia de dirección hacia el este que marca una señal de carretera y, desde luego, queda fuera del alcance de la vista.

Poco antes de llegar a Don Gonzalo y viniendo del norte, se pasa por la Colonia Santa Teresa. Pero este paraje, constituido por una hermosa casa, aunque más modesta que la de Don Gonzalo, varias casitas menores situadas a una orilla de la carretera y una ermita minúscula, situada al lado contrario, puede pasar desapercibido para el viajero o, al menos, no cobrar sentido de relación ninguno con los otros tres lugares, dada la disposición del terreno.

Don Gonzalo, como decía, parece algo venido a menos y, desde luego, no conserva su antigua función. La Paca, en cambio, ha crecido, ha medrado y se ha heroseado. A Doña Inés ahora ni se la ve. Por su parte, la Colonia Santa Teresa resulta ligeramente misteriosa, porque sólo se le descubre una cierta relación, como de epílogo, viajando en sentido contrario; es decir, pasando primero por La Paca, la indicación de Doña Inés y Don Gonzalo. Además, su casa grande, sus casitas pequeñas y su ermitilla están cuidadísimas, bien enaladas y con las ventanas, puertas y aleros enmarcados en un filetillo de color albero, lo que les otorga un cierto aire de tarta de merengue. Sin embargo, porticones y contraventanas están cerrados a cal y canto y no se ve un alma por los alrededores.

A parte de la geografía, cualquiera puede dar una explicación razonable de cuál sea el vínculo entre Don Gonzalo, Doña Inés y La Paca, pero ¿qué hace Santa Teresa, un poco más allá, constituida en colonia?

Viajar da mucho que pensar y, por otra parte, es un reflejo fiel de la vida misma: Don Gonzalo, venido a menos, Doña Inés desaparecida y La Paca cada vez más boyante. Santa Teresa (Colonia de)...

Claro que, ahora que pienso, cuando se entra en religión, se suele adoptar un nombre diferente al que se tenía en el siglo.

Podría, sin duda ninguna, indagar en los anales de historia de la región pero, ¿quién quiere aprender historias que todo el mundo sabe?

III

Camino del Mar Menor hay un maravilloso letrero de carretera que señala la dirección de Los Infiernos. Siglos de discusiones teológicas acerca de la existencia real o no del Infierno - que, como todo el mundo sabe, en las tradiciones monoteístas son siete, igual que los cielos y, por tanto son, en realidad,



plurales (véase el propio Credo) y resulta que lo que le pasa a los teólogos es que no viajan.

Pero, esto que pudiera parecer un chiste flojito y que se le ocurre a un niño, se completa con un dato fundamental, que también aparece como información en el mencionado letrero de carretera. En un tipo de letra no menor, pero sí diferente, bajo el nombre Los Infernos, reza: Camino rural. Esto sí que es algo importante.

Invito a los teólogos a que le presten atención. Sería intrusismo por mi parte enfangarme en hermenéuticas que necesitan de más y mejores conocimientos de los que yo poseo y para las que es posible que no se pueda prescindir del auxilio de la lengua alemana de la que sólo conozco alguna que otra palabra.

IV

Metidos ya en teologías y en lo que se aprende de viajar por el mundo, insisto en que no hay que irse muy lejos para ponerse en contacto con el misterio. Otra vez tiene la culpa un letrero de carretera. El sureste español, como todo el mundo sabe, es una zona en su mayor parte árida y, por ello, la mayoría de los cauces de los ríos, más bien ramblas, forman pequeños barrancos que discurren sinuosos en medio de tierras calizas o arcillosas. Así y con el transcurso de los milenios, esas tierras blandas surcadas por aguas de avenida que bajan de tarde en tarde, pero tormentosas y raudas, generan un paisaje abrupto y ondulado, que sin duda alguna posee un gran encanto, aunque debe volver locos a los ingenieros que se empeñan en surcarlos de carreteras y autovías. Estos arroyos de temporada son, por otra parte caprichosos y ensanchan y menguan su cauce según les da, de modo que no queda otro remedio, cuando se quiere construir una autovía, que elevar la carretera mediante viaductos sobre grandes pilares.

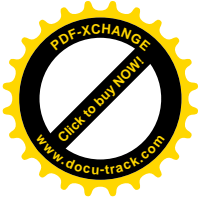
Los responsables de obras públicas, en los últimos años, se han empeñado en poner los nombres de esos barrancos que antes pasaban no desapercibidos pero sí anónimos ante los ojos de los viajeros y sólo se hacían notar por los profundos badenes, estrechos, que había que sortear cediendo el paso al vehículo que venía en dirección contraria. Supongo que la gran obra de ingeniería que se ven obligados a hacer para salvar de manera más cómoda esos desniveles producidos por la rambla les llevan a ponerles nombre. De este modo se recuperan algunas denominaciones que estoy segura sólo figuraban en los mapas del ejército del siglo XIX, cuando la primera mula que pasó por allí decidió el trazado original de la vía.

Esto le pasa a un barranco hermoso de la provincia de Murcia, una vez más, que cuenta con un letrero que dice «Rambla del padre pecador».

Las primeras veces que pasé por allí, leí «padre pescador» y, aunque me pareció un nombre chocante, no me sorprendió demasiado. La última vez que pasé descubrí que lo que ponía el letrero era lo de más arriba. Llevo ya quince días devanándome los sesos y sin hallar respuesta a nombre tan peregrino.



¿Quién era el tal padre? ¿De quién lo era? ¿Era un padre cura? Si lo era, ¿resulta que era un pecador? ¿Qué clase de pecador merece que se le de su nombre, de ese modo misterioso, a un accidente geográfico? ¿Qué relación hay entre un padre, un pecador y un barranco y su correspondiente viaducto? ¿No les parece sorprendente, extraño y una punta morboso? Por favor, si alguien sabe una explicación para este misterio, le ruego encarecidamente no me la cuente jamás. Gracias.



EL VUELO

Llegaron a la ciudad, de visita, las primas de mi mejor amiga. Aquello dio ocasión para subir al monte, bajar a la playa, visitar los pocos monumentos significativos y tomar helados en las diversas heladerías de moda. La ocasión también permitió que estrenáramos nuestras mejores ropas veraniegas y las luciéramos ante las visitas que venían de Madrid, más que nada para que no pensarán que las de allí éramos "mohínas", denominación que se aplicaba a las que vestían cateto. La expresión se usaba mucho cuando se reunía un grupo de señoras en el Casino y su mejor diversión era "ver pasar al personal" y "hachear" (pronunciado jachear), que es un verbo que significa lo mismo que "cortar trajes", es decir; criticar. Pero allí los "trajes" se cortaban con "hacha". (Me entretengo en estas cosas, antes de ir a lo que iba, porque me encantan estos preciosismos del lenguaje que insensiblemente se van perdiendo).

Entre las visitas obligadas figuraba la subida al monte donde estaba hincado el mástil del Cañonero Dato, junto a una piedra en la que había dos huellas de pies impresas que, se suponía, eran las huellas de Franco. Desde allí, el Generalísimo había contemplado el paso del Convoy de la Victoria, bajo la protección de la Virgen de África, durante la Guerra Civil, entonces llamada Cruzada.

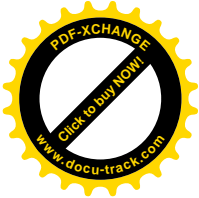
El sitio era estupendo. Se gozaba de una magnífica vista sobre el Estrecho y, en los días claros, cuando soplaba poniente, se podían ver con toda nitidez las costas de la Península y la terrible afrenta del Peñón de Gibraltar. Aunque hiciera muy buen tiempo la célebre mona de Gibraltar no podía verse. Era un espectáculo añadido contemplar cómo se cruzaban los grandes petroleros y cargueros, cómo en su alrededor temblaban y cabeceaban las trañías o cómo se recortaba contra el cielo añil un velero. El día que subimos al "monumento" con las primas de mi amiga, dimos una vuelta por el monte. En el lado opuesto, había, sobre una escarpadura que caía directamente al mar, un mirador rudimentario, desde el que podían contemplarse la bahía sur, con la ciudad extendida a su borde y, al fondo, la silueta majestuosa y bien definida, inconfundible, de Cabo Negro. Las blancas y sedosas playas de Marruecos relucían, bajo un sesgado sol en retirada. El mar, sin una sola ondulación, parecía una bruñida bandeja metálica, extendida hasta el infinito.

Mientras el resto del grupo parloteaba y tomaba fotografías, yo me detuve al borde del acantilado, sobrecogida por la dureza que el mar aparentaba. Parecía una inmensa y pulida pista de baile o patinaje, por la que se pudiera ir, haciendo piruetas, hasta Estambul. El aire también parecía tener cuerpo. Soplaba sólido, sin ráfagas, continuo y parecía poder sostener cualquier cuerpo no alado sobre su masa invisible. Tuve la tentación de echar a volar y luego posarme sobre la superficie marina y deslizarme por ella. Por un momento, me vi saltando desde lo alto de la gran roca, cayendo suavemente sobre aquel espejo duro y, calzada con mis zapatillas de danza, iniciando una serie de giros y pasos alados que me llevaban hacia el lugar de donde nace el sol.

El encantamiento duró posiblemente unos instantes nada más. Las voces de mi amiga y sus primas reclamaron mi atención y el mundo volvió a ser lo que era. Aquella tarde supe que se puede volar,



que se puede andar sobre el mar, que se puede descubrir el oriente y que, sin fatiga, se puede regresar a la realidad, sin que el mundo deje de tener un toque mágico que sólo a nosotros pertenece.



EL AYUDANTE

Como en los últimos años, fuimos a pasar parte del verano a la costa. Los últimos días previos a las vacaciones habían sido tan complicados y ajetreados que, aunque tenía un acontecimiento familiar al que quería ir bien arreglada, no tuve tiempo de visitar a la peluquera que normalmente me cortaba el pelo.

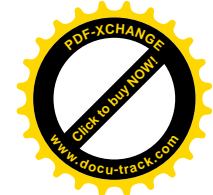
Cuando llegué a la playa y al cabo de unos días, entre la sal del mar, la humedad y los cabellos recrecidos, mi cabeza parecía una escoba. Aunque dudaba si hacer alguna prospección por la zona para dar con una peluquera que me pareciera solvente, el estado de mis cabellos era algo ya tan indefinible que me arriesgué a ir a la primera peluquería que encontré.

Una mañana me armé de valor, empujé la puerta y entré a un saloncito que lo había sido, sin duda, de la vivienda que ocupaba el bajo de un edificio de dos plantas. Junto a una de las paredes, se habían dispuesto dos secadores de pie modelo antiguo, una pila para el lavado del pelo, cerca de un grifo de ducha fijado al muro del que pendía una goma que iba a dar al lavadero. Este invento rudimentario estaba colocado bajo un calentador eléctrico. En la pared frontera, un mueble de procedencia indefinida y uso previo desconocido hacía las veces de repisa de peluquería y, sobre él, colgaban dos espejos de marco dorado que, probablemente, habían ocupado algún otro lugar en algún otro momento. La decoración se completaba con unos viejos sillas y sillones de hierro, tapizados de plástico desgastado y cubiertos con unas colchonetas como las que se ponen para hacer más confortables los asientos de plástico que pueblan terrazas y balcones. Unos cochecitos de juguete aparecían tirados sobre el único asiento libre, porque el otro asiento estaba ocupado por un crío rubio que no debía pasar de los ocho años.

Pregunté a la peluquera, una chica joven y también rubia, si podría cortarme el pelo y me dijo que me sentara y aguardara como una media hora. Así me disponía a hacerlo cuando, de detrás de un biombo que yo no había visto al entrar, salió otro muchachito, éste quizá de diez años ya cumplidos, que obligó al más pequeño a que me cediera el sitio, explicando que ese asiento era más cómodo y estaba más cerca del ventilador. El pequeño se levantó con desgana y me cedió el sitio.

La peluquera estaba cortándole el pelo a una señora mayor. No bien terminó de caer al suelo el último mechón de pelo, el muchachito mayor desapareció de nuevo tras el biombo y reapareció al instante con una escoba y un recogedor. Con gran pericia, recogió todos los mechones caídos, removiendo con la escoba bajo las patas del mueble y sin pasar por alto ni una brizna de aquella borra. El que parecía su hermano pequeño y que se había desparramado en otro asiento, moviendo, mientras emitía un suave zumbido, una moto de juguete por los brazos y respaldo del sillón que ocupaba, salió fulminado de la habitación a una mirada del barrendero. Interpreté que el muchacho no podía tolerar que su hermano no hiciera nada de provecho mientras él se afanaba con la escoba tras los mechones y le había emitido una secreta y silenciosa orden.

Cuando cargó el recogedor con todos los restos se ocultó de nuevo tras el biombo. Su madre, luego supe que lo era, había sacado de una caja una maquinilla de cortar el pelo y le había repasado el



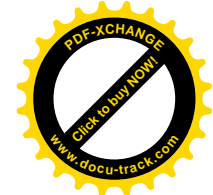
cogote a la clienta. El chico, antes incluso de que su madre tuviera tiempo de decir nada, ya estaba guardando la maquinilla en su estuche, tras cepillar con cuidado las cuchillas. Luego, cumplida su tarea, el muchacho se ocultó tras una puerta que había junto al calentador y no volvió a aparecer más que cuando le correspondió recoger los pelos que me habían cortado a mí. Yo no pude advertir si el muchacho tenía a la vista el saloncito de peluquería desde su escondite tras la puerta, pero es seguro que su madre no le llamó para que hiciera aquella tarea.

Durante mi tiempo de espera, estuve observando al afanoso muchacho y tratando de imaginar a qué se dedicaría cuando fuera mayor. Tal vez se dedicaría a la profesión de su padre, del que yo no sabía nada y acerca de quien no pregunté tampoco, en el temor de que fuera un matrimonio separado o el padre hubiera muerto o desaparecido, ya que la peluquera me explicó por propia iniciativa que aquellos dos chicos eran sus hijos y, a mi comentario de que era muy joven para tener los hijos tan mayores, me respondió que se había casado con diecisiete años, pero no dijo nada del marido. Ante un panorama así, no me adentré en más averiguaciones. Pero, no podía evitar hacer mis propias deducciones y avanzar diversas posibilidades.

Descarté de mis pensamientos al pequeño porque, dada su actitud, no me daba ninguna pista que no pudiera parecer maliciosa por mi parte; que era un vago, que siempre viviría a remolque de su hermano mayor; que sería un inútil, apasionado por las motos, pero incapaz de hacer, ni siquiera con ellas, algo de provecho...

Dediqué, por tanto, mis esfuerzos proféticos al mayor de los hermanos. Parecía conocer ya a la perfección los distintos pasos de la actividad de su madre y secundaba sus movimientos, despejándole el camino, con precisión y puntualidad, lo que, en mi opinión, podía significar que aquel trabajo le gustaba. Pensé que si el trabajo le parecía interesante, hasta el punto de aprenderse el protocolo, seguramente aprovecharía todos sus ratos libres para pasarlos en aquella tarea. Lo que sin duda significaba pasar muchas horas en un mundo mayoritariamente femenino y dedicado a tareas tradicionalmente encomendadas a las féminas. También se me ocurrió que seguiría con interés y atención las conversaciones de las mujeres que frecuentaban el negocio de su madre, aprendiendo, sin duda, muchos secretos del corazón y el modo de pensar femeninos, si es que verdaderamente existe una manera de pensar y sentir exclusivamente femenina. Esta reflexión me llevó a acordarme de Ibn Hazm, el poeta de Córdoba, autor del célebre *Collar de la paloma* y recordé que en alguna parte había yo leído que se atribuía a Ibn Hazm un magnífico conocimiento de las maneras femeninas y de sus reacciones, y que las habría utilizado con gran acierto para escribir ese su tratado sobre los síntomas del amor. Su conocimiento vendría de haberse criado en un harén. Así que auguré al muchacho hacendoso una posible carrera literaria. Sin embargo, pensé que ésta era una ocurrencia ligeramente pedante y debida a deformación profesional. Lo más probable era que el muchacho terminara practicando el oficio materno y se convirtiera en un peluquero. Quién sabe si un peluquero famoso y de moda, de éstos que ahora llaman “estilistas”. Esto era mucho más sencillo de predecir.

Agotada esta idea y como aún no parecía que llegara mi turno, porque la peluquera estaba



aclarando un moldeador de otra clienta, a la que acababa de invitar a abandonar el secador y dirigirse al lavadero de cabezas, me entretuve en otra posibilidad. Me acordé de que hay quienes justifican algunas tendencias homosexuales en varones por el hecho de haber crecido en un ambiente en el que madre y hermanas eran mayoría y de que, últimamente, se discute y estudia acerca de las tendencias sexuales que puedan llegar a adoptar los hijos de parejas del mismo sexo. Hay quienes afirman que no existen diferencias notables que avalen una opción homosexual en niños criados por homosexuales o heterosexuales, mientras otros defienden que la falta de diferencia de roles y de características sexuales en los padres condiciona la elección de los niños. Ante la aparente ausencia de una figura paterna y el constante contacto con mujeres, el hijo de la peluquera, podría desarrollar una tendencia homosexual, aunque no era seguro.

En aquel momento, me llamó la peluquera para que ocupara mi asiento ante el mueble indefinido y que hacía de mostrador y zanjé la cuestión en un resumen rápido de posibilidades, porque no me gusta dejar las cosas a medias. El chico de la peluquera podría ser un magnífico escritor homosexual que se ganase la vida cortándole el pelo a la gente con mucho estilo, porque de la literatura es difícil vivir.



UTOPIA

Mientras planchaba, mi sobrino-nieto de siete años - él aclara inmediatamente: casi ocho - estaba detrás de mí jugando, sentado en el suelo. Entretenida con la plancha no prestaba mucha atención a lo que hacía, me parecía que hacía conversar a sus muñecos, pero, de pronto, abandonó la conversación y, muy bajito, decía: ¡Pfiung, pfiung!.

Me volví a mirar qué estaba haciendo y vi cómo enfrentaba a un indio de color verde con un cowboy de color blanco. Entonces, entre mi sobrino-nieto y yo se desarrolló el siguiente diálogo:

- ¿Esos dos andan a tiros?

- Sí, respondió él.

- Y ¿por qué?

- Están un poco soliviantados, me explicó con su lenguaje siempre preciso.

- ¡Ah! - dije yo y añadí: ¿No sería mejor que hablaran y arreglaran sus diferencias?

- Así es la vida, me replicó.

- Ya. Pero, ¿la vida no sería mejor si la gente hablara en lugar de dispararse? Tú, ¿cómo lo ves?

Tras un silencio, sentenció:

- Lo veo mal.



VIRGO

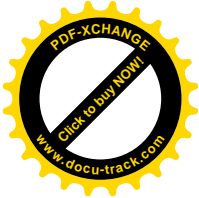
Hace tres años, un día sobre las nueve de la mañana, remoloneaba yo en mi cama, engolfada en esos horarios imprecisos que tanto me gustan durante las vacaciones, cuando un leve bamboleo, el tintinear de cristales de la ventana y un zumbido en el espejo del armario ropero me sacaron del todo del sueño. Ha sido un terremoto.

El acontecimiento fue la conversación obligada del desayuno. Cada uno de los habitantes de la casa había tenido una experiencia diferente; quien se había agarrado a la cama en pleno sueño, creyendo que le estaban embromando y le sacudían el lecho para arrojarlo de él; quien sólo había oído un ruido extraño que asoció a unas obras en la carretera cercana; quien ya estaba en la cocina y vio cómo se deslizaban los vasos, dejados después de la cena, por la encimera húmeda de mármol; quien, en fin, en ese placentero y profundo sueño de la mañana se sentía fuera de la conversación porque no había notado nada y miraba a los demás como si estuvieran hablando de una película que no había podido ver o de un libro que nunca se le ocurrió leer.

Al mediodía, sentados frente al televisor, vimos los efectos destructivos no muy severos causados por el sismo en una población cercana, oímos las declaraciones de los vecinos en los que había producido reacciones semejantes a las que nosotros habíamos tenido: Perplejidad, sorpresa, algo de temor y, sobre todo, una tensa espera durante horas por si se repetía el fenómeno. Pasado el primer terror, los afectados empezaron a pensar en las pérdidas que habían sufrido, en la incuria de las autoridades, en la difícil conexión con los servicios de información y auxilio y otras miles de quejas más, a las que siguieron las excusas, datos y estadísticas de los responsables de toda clase de organismos más o menos relacionados con situaciones de emergencia, incluidos el alcalde, el cabo de la Guardia Civil y el jefe de no se qué cuerpo de voluntarios.

Al regresar, tras las vacaciones, a mi lugar de trabajo, un compañero me dijo haberse acordado de mí porque había tenido noticia del terremoto en la zona en donde sabía paso mis vacaciones y pensó si me habría ocurrido algo. Le expliqué que donde yo estaba había sido un movimiento muy leve, apenas perceptible y que, desde luego, no había causado ningún daño. Me preguntó: ¿Tú lo notaste, qué sentiste? De forma espontánea y sin pensarlo demasiado, le repliqué: Fue muy agradable la sensación, como si me mecieran. El puso cara de sorpresa y no dijo nada.

Durante tres años no he vuelto a pensar en aquella experiencia. En ese tiempo he tenido noticia de varios desastres, con miles de víctimas, producidos por terremotos en diversos lugares del mundo. Me he conmovido con las escenas de desesperación de los afectados, me he lamentado con ellos y he tratado de ponerme en su lugar. He imaginado cómo me sentiría si de repente perdiera mi casa, mis enseres, todas esas pequeñas cosas inútiles que almacenamos pero que nos traen recuerdos de lugares o personas que amamos y se me han llenado los ojos de lágrimas sólo de pensarlo. En esos momentos, no he recordado en absoluto mi afirmación de que un terremoto me había causado una agradable sensación.



Esta mañana, hacia las ocho, yo estaba aún en mi cama, pero despierta. Contemplaba con deleite el azul bruñido del cielo iluminado por la dorada luz del sol de levante. Me prometía un día caluroso y feliz, después de un bochornoso día encapotado de tormenta veraniega. Hoy -pensaba- hará un verdadero día de calor y brisa de verano. En esos dulces pensamientos estaba, cuando un ruido ronco, como un rugido, vino acompañado de un trepidar de mi cama. Los cristales y porticones de madera de la ventana golpearon con fuerza y el armario ropero se tambaleó, haciendo sonar el espejo con pequeños chasquidos. Un terremoto.

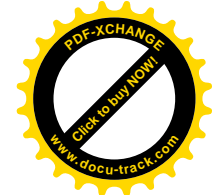
Me acordé inmediatamente del anterior porque estaba en el mismo lugar y en la misma posición y recordé perfectamente la sensación primera que aquel terremoto me causó. En esta ocasión estaba sintiendo exactamente el mismo placer, el mismo agradable balanceo como si me mecieran, aunque era un poco menos intenso. Pensé enseguida: Claro, la primera vez siempre resulta algo más agradable, como si se tratara del primer beso, de la primera copa de vino o de la primera mirada al mar. Esas cosas nunca vuelven a ser, por placenteras que resulten, como la primera vez.

En el desayuno, se volvieron a repetir los comentarios. Frente al televisor, contemplamos las mismas imágenes y oímos las mismas explicaciones, quejas y excusas. Yo no prestaba mucha atención a lo que sucedía a mi alrededor, sólo lo suficiente para darme cuenta de que se trataba de una repetición. Andaba yo perdida en mis reflexiones, intentando encontrar una explicación a mi sensación de placer. Lo más elemental era pensar que me sentía bien porque no había pasado nada. Nada se había roto, nadie estaba herido y las réplicas del sismo no se notaron, con lo cual el terror pasó pronto llevándose la tensa espera. Pero la explicación no podía ser tan simple.

Yo había tenido una intensa sensación física de placer, sólo semejante a una caricia largamente esperada. Dada mi tendencia a elaborar leyes universales a partir de datos particulares, posiblemente producto de una deformación profesional, formulé una primera hipótesis acerca de que, acostumbrados a considerar la tierra, el suelo, como algo sólido en lo que nos apoyamos sin ayuda, distinto del mar o del aire, en los que para sostenernos debemos auxiliarnos de artilugios mecánicos, la comprobación de que la tierra no es tan sólida ni inmóvil como parece, produce en el fondo del espíritu esa alegría, muy semejante al placer, que proporciona un descubrimiento por nimio y conocido que sea, pero que cobra toda su dimensión cuando lo hacemos nuestro.

No obstante, aunque me detuve en esta teoría un tiempo porque me parecía ingeniosa y hasta creíble, me daba cuenta de que no me satisfacía plenamente. Yo no había sentido un movimiento del espíritu, sino un claro movimiento físico de placer. Ya lo he comparado con una caricia, he dicho que sentí como si me mecieran. Debía prestar atención a los modos de expresar la sensación para poder hacer una interpretación correcta. Esto es también producto de la formación profesional; no en vano me dedico al comentario de textos.

Caricia y mecer. ¿A qué remiten? Pues, ahora se hace evidente, a la figura materna. Nosotros llamamos a la tierra «madre». La madre tierra, decimos. Ese era el punto. Ahí estaba la clave de ese placer. Había sido como una caricia, como una atención materna. Como el amor de madre que, a veces,



puede ser terrible y aniquilador, pero lo más frecuente es que sea uno de esos amores que llevamos dentro hasta la muerte. El sismo también; como manifestación de la madre tierra, si desmedida, puede ser mortal, pero si delicada, puede resultar deliciosa. Este era el caso.

Desde ese pensamiento hermenéutico me dirigí por otros derroteros más filosóficos que enlazaban el ser creados de la tierra y volver a ella, rozando lo teológico y lo escatológico. De pronto, me di cuenta de que me estaba poniendo esdrújula y decidí pensar que mi afinidad con los terremotos viene del hecho de pertenecer al signo zodiacal de Virgo, que es, como todo el mundo sabe, un signo de tierra.

Siempre que me da un ataque de trascendencia, procuro volver a la tierra, nunca mejor dicho, usando del ancla de una pequeña frivolidad.



LA COJA

Con doce o trece años, ya no recuerdo bien, nos enseñaron a distinguir entre el “pecado de la envidia” y la “santa emulación”. Desde entonces, siempre he tenido muy presente la sutil diferencia que las separaba, porque es, sin duda, una cuestión sumamente importante, no sólo como acicate para la superación de las limitaciones, sino, y especialmente, para distinguir entre fantasía y realidad.

Durante casi toda mi adolescencia, quise ser alta y rubia, aunque sabía que nunca llegaría a serlo, por eso, por más que las rubias me movieran a la “santa emulación”; lo que no puede ser, no puede ser y, siendo así, entra de lleno en el dominio de la fantasía.

Las suaves y afinadas distinciones de la moral son un elemento a no dejar de lado, ni siquiera en un mundo como el de hoy en que esas sutilezas parecen fuera de lugar, porque quien no distingue una de otra -me refiero a la emulación y la envidia- puede perder contacto con la realidad.

Una amiga mía me confiesa con frecuencia, cosa que le agradezco porque así sabe uno a qué atenerse, que ella es muy envidiosa. Cada vez que me compro algo, que tengo una idea para renovar mi casa o quiero hacer alguna cosa especial, como es mi mejor amiga, se la consulto, y, ella, tras aconsejarme lo que le parece más adecuado, sale corriendo a comprarse la misma cosa o si lo que a mí me vale no le vale a ella, se compra otra cosa o hace otra actividad cualquiera que le sirva de compensación. Como es una persona muy tradicional y se aplica a sí misma el viejo adagio de “cree el ladrón...”, cada vez que ella se compra algo o emprende cualquier acción, considera que yo puedo envidiarla y o bien me regala algo u organiza para mí alguna cosa compensatoria, más que nada “para que no se me quiebre la hiel”.

Si mi antiguo profesor de moral levantara la cabeza muy probablemente pondría a mi amiga como ejemplo de santa emulación. Ya sé que es un caso un poco peculiar, pero ya se sabe que a teólogos y moralistas, como a los lingüistas y gramáticos, les gustan más las excepciones o rarezas que los ejemplos normativos.

Mi amiga, por otra parte, es consciente de que esa inclinación de su carácter que ella llama “envidia” no lo es propiamente, porque, en una ocasión en que yo le contaba lo que me había explicado acerca del asunto don Martiniano (el profesor de moral), me dijo:

- Ya sé. Tú no conoces a mi prima Esther. A ella le pasa algo parecido, pienso yo que debe ser de familia.

- ¿Qué le pasa?

- Pues verás, es difícil de definir, pero te contaré una historia.

«Cuando éramos niñas, ella venía a pasar los veranos a mi casa. También coincidía con nosotras allí un tío abuelo común que, sin ser un hombre de grandes estudios, era un hombre culto y muy leído. El,



para fomentar nuestro interés por los libros y la literatura, nos proponía que le escribiéramos un cuento. Nos daba una idea y nos dejaba que inventáramos una historieta que tuviera que ver con la sugerencia que nos había dado. Luego, nos sentábamos a sus pies y le leíamos nuestras redacciones. A mí aquel juego se me daba bastante bien, pero no así a Esther. Pasaron algunos años y dejamos de ser unas niñas, pero seguíamos coincidiendo los veranos en la casa familiar y también el tío Fermín. Con cierta frecuencia, el tío recordaba aquellos juegos literarios y me animaba a seguir escribiendo. En una ocasión, alabó muy calurosamente uno de aquellos cuentos que él recordaba con pelos y señales porque, según dijo, le había impresionado mucho y me instó a que no dejara de escribir. Mi prima, no bien terminó tío Fermín de hablar, se levantó cojeando y exclamó: ¡Me voy a quedar coja para toda la vida! ¡Cómo me duele esta pierna!

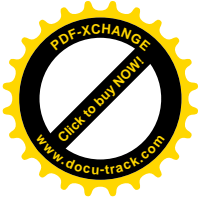
Ese mismo verano, un grupo de primos míos decidió ir a cenar a un pueblo cercano en donde se celebraba a mitad de agosto una romería muy conocida. En el momento en que se decidió la excursión, mi prima no estaba presente. Cuando se enteró del plan, estuvo un rato intentando que alguien la secundara para deshacerlo, poniendo toda clase de dificultades. Al ver que todas las pegas que ponía se las tiraban por tierra, intentó cambiarlo a su conveniencia. Primero cambiando el mismo plan, luego, el día y, por fin, el número de participantes. Cuando democráticamente se le mostró que la mayoría estaba de acuerdo con el plan y no pensaba cambiarlo, se levantó de su silla cojeando de manera exagerada y dijo: No lo decía por mí, era por vosotros. Yo no puedo ir, porque estoy coja.

Muchos años después, cuando ya habíamos alcanzado esa edad en que uno comenta con los amigos y familiares las cosas que le duelen, los tratamientos que le han dado, los resultados obtenidos y otros detalles, yo tuve la mala suerte de romperme un tobillo y siempre me resiento de ello con los cambios de tiempo, con las caminatas excesivamente largas o con los plantones. Hablábamos varios primos, entre ellos Esther, con ocasión de una boda, acerca de estas cosas y se me ocurrió comentar lo de mi tobillo. Mi prima Esther dio un brinco en su silla y casi gritó: ¿Qué pasa? ¿Es que también vas a ser más coja que yo?»



LA MARIQUITA

Esta mañana he visto una mariquita vestida de alivio de luto.



LA OPORTUNIDAD PERDIDA

A Juan Díaz Fernández, *in memoriam*

El día había amanecido lluvioso. El viento soplaba recio y las nubes que se asomaban desbocadas por encima del monte cercano no anunciaban una pronta mejoría. El mes de Mayo de aquel año respondía al refrán «cuando Marzo mayea, Mayo marcea». Pero la gente del pueblo no estaba por la labor de quedarse en casa. Eran fiestas y el temporal no les iba a impedir disfrutarlas. Más de un año y más de dos, las cosas salían con el tiempo torcido, pero el entusiasmo, las ganas de divertirse y el esfuerzo y la paciencia, derrochados a lo largo de todo el año, para esperar la fecha no decaían por cuatro gotas y un poco de aire.

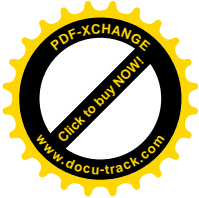
Hacía tiempo que no íbamos a las fiestas. Aquel año, por fin, habían caído bien en el calendario y allí estábamos, con el mismo fervor que los naturales del país, dispuestos a enfrentarnos con el clima desapacible y no perdernos ni un desfile ni la bullanga.

Nos enfundamos en varias capas de ropa y allá que nos fuimos al final del paseo, donde, en esa tarde, tenía lugar uno de los acontecimientos centrales de la fiesta. Apiñados con el resto de los que esperaban el desfile y amparados por el esquinazo de una casa, resistíamos las inclemencias con gran espíritu.

Los primeros grupos de desfilantes, seguidos cada uno de una banda de música -todas tocaban la misma marcha, como haciéndose el eco unas a otras- empezaron a bajar la cuesta. El paso marcial se descomponía un poco por lo empinado de la calle que va a dar al paseo, pero aquello no le restaba dedicación a los que se lucían, ni entusiasmo ni aplausos por parte de los que contemplábamos.

Al poco de estar allí de plantón, empezó a llover aún más fuerte. Los paraguas empezaron a abrirse como flores nocturnas y había que estirar los cuellos y buscar huecos entre las varillas y las telas para ver un poco. Cada cual se movió unos centímetros para encontrar su ángulo para ver entre los paraguas. Aquel movimiento general nos desplazó un poco. Yo estaba aún intentando encontrar el hueco por el que ver algo, cuando noté un empujón un poco más fuerte que los demás. Alguien se había movido bruscamente, unas filas atrás, y el golpe, como el de una ola arrastrada por otra, llegó hasta mí con bastante fuerza. Me volví un poco para ver quién me había empujado y un rostro salido de las profundidades de mi memoria se quedó mirándome desde el borde de mi paraguas.

Por unos instantes, tuve la sensación de que era una visión. Dejé de oír el ruido de las bandas, las voces de la gente, los petardos y los estampidos de la pólvora. Un silencio irreal se apoderó de mí. No podía moverme ni decir nada. El dueño de aquella cara que me miraba desde el borde del paraguas, se disculpó, diciendo algo así como "me han empujado, usted perdone, señora". Al oír lo de señora volví en mí. Le dije al del empujón: Antes me llamabas Maite ¿tan mayor estoy? El rostro del borde del paraguas



se inclinó, los ojos tras gruesas gafas se fruncieron como pequeños ojales mal cosidos, la boca, grande y carnosa, se abrió y exclamó: ¡¿Qué?! Digo que antes me llamabas Maite, ¿no te acuerdas de mí? Pues, la verdad no sé. Ahora me parece recordar algo, pero no caigo... Soy Maite de Juan. ¡Dios mío! exclamó el rostro desde el borde del paraguas.

Toda la gabardina que iba debajo de aquel rostro hizo un giro brusco en dirección a mí, las mangas se hincharon, rellenas por unos brazos, las manos que remataban aquellos brazos; unas manos grandes, de dedos gruesos y bien formados, salieron del borde de las mangas de la gabardina y se abalanzaron sobre mí. El paraguas que él sujetaba y el que sujetaba yo se desplomaron como frutas a las que el viento hubiera arrancado de cuajo. El bullicio de la fiesta, los petardazos, los vítores y la música dejaron de sonar en mis oídos de nuevo, mientras me abrazaba a aquella gabardina húmeda, rellena de un cuerpo al que yo siempre había querido y respetado. En el lugar del estruendo, la voz de aquel hombre resonaba en mis oídos con el mismo deje pastoso de siempre, diciendo: Maite, Maite qué alegría impensada. ¿Qué haces tú aquí?

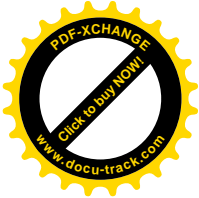
Cuando nos deshicimos del abrazo, mi viejo amigo y maestro y yo descubrimos que estábamos rodeados de ojos interrogadores. Mi marido, su primo, una señora y una pareja joven nos miraban escrutadores como queriendo adivinar, cada cual, quién era él o quién era yo.

Las frases que intentaban sacar de su perplejidad a los mirones se cruzaron: ¿Te acuerdas de Maite de Juan?, ¿te acuerdas de Don Félix Pradera? Los del corrillo de curiosos seguían sin entender nada, sin saber qué relación había entre aquel señor de más de setenta años que, de repente, había abrazado a una señora de cuarenta y pocos con gran cariño, que se habían intercambiado frases tiernas como si, en otro tiempo, hubieran sido amantes, que, por azar, se encontraban de nuevo después de una larga separación obligada.

El azar sí que había intervenido. Un hijo de Don Félix Pradera había sacado unas oposiciones y estaba destinado en aquel pueblo, donde había entablado una estrecha amistad con un primo de mi marido. Yo había conocido a mi marido en Madrid, cuando estudiábamos en la misma Facultad. El conservaba aún mucha familia en el pueblo y allí pasábamos nuestras vacaciones. El primo de mi marido y yo nos llevábamos muy bien a pesar de que había cierta diferencia de edad y allí estábamos todos juntos, contemplando el desfile.

Don Félix y su mujer habían venido al pueblo a estar con su hijo y a disfrutar de las fiestas. Toda esta serie de coincidencias nos había llevado a unos y otros hasta la esquina del paseo, al pie de la cuesta, para contemplar el paso de las cabilas de los moros, seguidas de los grupos de cristianos que rememoraban con entusiasmo y a pesar del mal tiempo viejas batallas gloriosas, antiguos retos entre reyes de la cruz y la media luna.

Mientras contábamos a nuestros respectivos acompañantes cuáles eran las relaciones que en otro tiempo nos habían unido, por mi cabeza pasaban viejas imágenes que relucían ante mis ojos como perlas de un collar. Veía aquel destartado edificio a medio construir donde se ubicaba el Instituto de Bachillerato donde yo había estudiado. Me adentraba por sus polvorientos pasillos, pintados con un



zócalo terrible de color amarillo pastoso, separado del resto de la pared de color ocre deslucido por una línea de color siena. Aquella terrible línea era la que yo espiaba con temor y que, de vez en cuando, se desdibujaba y me obligaba a acudir de nuevo al oculista, que confirmaba el aumento de mis dioptrías. Siguiendo el pasillo, se llegaba al aula inmensa y poco acogedora, donde recibíamos toda clase de explicaciones de materias que no nos interesaban especialmente, por boca de un grupo de profesores, que sentían por sus alumnos el mismo poco entusiasmo con que nosotros les escuchábamos.

Vi con toda claridad la escena de aquel día en que nos anunciaron un cambio de profesor de latín. El anterior, un militar de caballería que debía completar su sueldo dando aquellas clases, había tenido la feliz idea, no para él, pero sí para nosotros, de caerse del caballo. El Director entró y con parsimonia y mirada severa nos anunció: Este señor les va a dar clase de Latín. Yo me aterré. Me encogí en el asiento. Si ya era espantoso soportar al bravo militar de caballería, al menos era alguien conocido. ¿Qué tormento nos traería el nuevo?

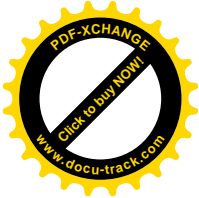
Un hombre muy alto, de aspecto desgarbado, con unas gafas de cristales aún más gruesos que los míos cabalgándole sobre una nariz más prominente que la mía, se subió a la tarima. Nos miró un instante y, con voz pastosa y torciendo la boca en una extraña mueca que podría ser un esbozo de sonrisa, lanzó la pregunta: ¿Por dónde iban ustedes con su anterior profesor? Una chica rubia, que era la más empollona y pelota del grupo, cuyo nombre soy incapaz de recordar, pero cuyo rostro reconocería entre mil si no ha cambiado mucho en los últimos treinta años, replicó: Tiene usted que explicar los adjetivos de tres terminaciones. La boca torcida de labios carnosos y siempre húmedos se abrió de nuevo con su extraña mueca, dejó escapar una risita entrecortada y dijo: ¡Ah! eso ya lo saben ustedes; los adjetivos de tres terminaciones son como la primera y la segunda declinación que ya conocen ustedes. Así que empezaremos por la tercera y mañana me traen ustedes escrito el presente de indicativo del verbo *amo*.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza. Fui enderezando la espalda hasta apoyarla totalmente en el respaldo de mi silla, me acodé en la mesa, me sujeté la cabeza con las manos y, en aquella postura, escuché con la mayor atención del mundo todo lo que aquel hombre desgarbado nos quiso explicar en aquella hora de clase. Desde aquel instante adoré a Don Félix y al latín, decidí estudiar un Bachillerato de Letras y la Historia y las Lenguas extrañas, antiguas o en desuso, se convirtieron en mis pasiones.

Hasta la llegada de Don Félix, yo llevaba varios días intentando retener los adjetivos de tres terminaciones sin conseguirlo. Los copiaba del derecho y del revés, empezando por el Nominativo y acabando por el Ablativo y al contrario, y nada, que no conseguía que se me quedaran en la memoria. Aquel hombre en una sola frase me desveló su misterio inabarcable: Ya me los sabía. Era cierto; yo me sabía como un loro el *rosa, rosae*, el *dominus, domini* y el *templum, templi*, así que me sabía el *bonus, bona, bonum*, y ya no tendría que copiarlo más y, sobre todo, no tendría que temer que me lo preguntaran.

Durante casi todo aquel curso, la clase de Don Félix era la única en que yo me sentaba derecha y atendía a todo, la única en que yo me presentaba voluntaria para salir a la pizarra y la única en la que contestaba de corrido a cualquier pregunta, incluidos los verbos deponentes.

Ahí no acabó todo. Las imágenes se sucedían mientras yo mantenía una conversación salpicada de

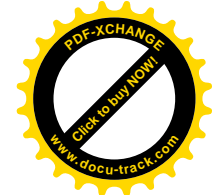


pequeños recuerdos, de nombres de personas conocidas o de comentarios acerca de los moros y los cristianos y las tradiciones del pueblo. Recordaba el viejo Paraninfo donde Don Felix nos convocaba para audiciones de música clásica. Mientras la mayor parte de los alumnos jugaba en voz baja «a los barquitos» y dejaban de vez en cuando escapar un «agua» o un «hundido», yo renovaba mi devoción por Tchaikowsky, me enteraba de quién era Brahms o era capaz de escuchar *Sansón y Dalila* de una tirada. De allí me viene que, mientras trabajo, nunca puedo escuchar música, lo cual es un grave defecto. Pero así es. En aquellas audiciones, en las que no había más que un tocadiscos y los discos de la *Voz de su amo* de setenta y cinco revoluciones, propiedad del profesor, dejando escapar sus notas contra el raído telón de falso terciopelo del escenario, yo no dejaba de imaginarme los movimientos del Director de orquesta o las evoluciones de los bailarines o los aspavientos de la mezzosoprano. Nunca he podido oír música sin perder de vista lo que tengo delante y recreando un escenario o un paisaje. Esto me sigue pasando aún hoy cuando voy a un concierto, de manera que cuando he intentado leer o trabajar con un fondo de música clásica o no escucho la música o no me entero de lo que leo o escribo.

Como habíamos aprovechado un fin de semana largo para ir a las fiestas del pueblo, teníamos que emprender el viaje de regreso al día siguiente, de manera que nos despedimos con la promesa de volver a encontrarnos durante las vacaciones de verano que nosotros también solemos pasar en el pueblo. Sin embargo, ese verano, por razones diversas no estuvimos en el pueblo más que unos pocos días y no coincidimos con mi antiguo Profesor. Cada vez que pasaba por la esquina del paseo, pensaba en él y me prometía que en los días de Navidad o al verano siguiente haría por reencontrarlo y charlar con él. Yo fantaseaba con la idea de enseñarle las cosas que tenía escritas -él era un poeta más que mediano y un buen narrador de cuentos que habían sido premiados repetidas veces. Pensaba que podría discutir con él acerca de la forma y el contenido. Estaba segura de que él me daría buenas indicaciones para mejorar mi estilo. Quería también agradecerle que me hubiera hecho amar el latín y que, gracias a él, me hubiera encaminado hacia las Letras. En fin, tenía muchas cosas que contarle, pero, sobre todo, tenía unas ganas locas de volver a escuchar su pastosa voz. Unas inmensas ganas de seguir aprendiendo lo que quisiera enseñarme.

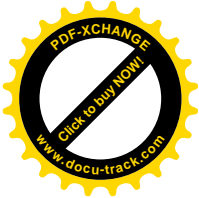
Una mañana cualquiera, después del verano, estaba yo en la cocina de mi casa desayunando y, según mi costumbre, hojeando el periódico del día anterior. Al volver una página, una necrológica muy larga me llamó la atención: A Félix Pradera, profesor y amigo, *in memoriam*. Se me cortó la respiración, leí con los ojos llorosos las líneas de aquel texto sin duda sentido y a mi mente vino una sola frase: Otra vez el silencio.

Escribí una larga carta de añoranzas y deseos frustrados. Una carta de agradecimiento y respeto. Una carta en la que explicaba como un accidente ecuestre había puesto en mi camino a Félix Pradera y había terminado por decidir mi destino personal y profesional. Si Félix Pradera no hubiera venido a sustituir al militar de caballería, muy posiblemente yo no hubiera estudiado Filosofía y Letras. Si no lo hubiera hecho, con casi absoluta certeza no habría encontrado en un pasillo al que luego fue mi marido. Si no me hubiera casado con él, con seguridad no habría tenido los hijos que tengo. Así que, por supuesto se



puede echar la culpa o el acierto de lo que uno hace en la vida a las circunstancias, al azar o a lo que se quiera, pero dudo de que haya alguien tan consciente en el mundo como yo de que su destino quedó definitivamente marcado por el hecho de conocer a un determinado profesor que cayó en aquella aula, sólo porque otro señor se cayó de un caballo. En fin, que escribí una anómala carta de pésame que le envié al hijo de Don Félix.

Sin embargo, en aquella carta dejé de decir una serie de cosas que me rondan dentro y que cada vez que vuelvo al pueblo le cuento en voz baja a la esquina del paseo. Cosas como las que yo soñaba con trece y catorce años y que le hubiera contado a aquel hombre desgarrado que nos explicaba el verbo *sum* y las oraciones completivas de infinitivo. Proyectos nunca realizados y escritos arrugados y escondidos en el fondo de un cajón eran parte de las cosas que yo le hubiera contado al profesor. Fantasías como la de llegar a ser una gran escritora o una pintora o una bailarina, tanto daba y más bien dependía de por dónde soplara el aire. Imágenes de un futuro no vivido que contrastaban poderosamente con el presente real, al que, por otra parte, se parecían lo suficiente como para no sentir frustración alguna. Todo eso se lo contaba yo a la esquina del paseo en la que flotaba levemente la gabardina empapada del profesor Pradera. Se lo contaba y le acusaba, con cariño, de que él tenía la culpa de todo sin saberlo. Pero las palabras, una vez más, no eran sino sombras en mi mente y silencio derramado sobre las baldosas de colores del paseo.



LA ALFOMBRA DE LAS HORMIGAS

A F. G., *in memoriam*

Yo iba en un coche, camino de un pueblo de La Mancha. Me acompañaba mi padre. Íbamos en busca de una fábrica de no sé qué, con la que mi padre tenía un contencioso por una razón que desconozco. Al llegar a la plaza del pueblo; una plaza desolada y vacía, polvorienta, calurosa y barrida por el sol, el coche se detuvo. En ese momento, yo estaba sentada al volante, mi padre desaparecía y se subían al coche dos policías nacionales vestidos de gris. El uniforme me llamaba la atención porque hacía años que usaban uno de color marrón.

Uno de ellos, el más joven, un hombre alto, guapo, con una mirada oscura y penetrante, con una barba recia y azulada, bien rasurada, pero que se le transparentaba a través de la piel, dándole un tinte oscuro, se sentó a mi lado. Me miró de forma extraña y me dijo:

- ¿No me recuerdas?

Yo hice un esfuerzo, pero no conseguí recordar de qué conocía a aquel hombre.

El añadió, como en una aclaración:

- Sí, detrás de la alfombra de las hormigas.

Y yo recordé vagamente haber estado enamorada de él y haberle besado apasionadamente. Pero no sabía su nombre ni en qué circunstancias o en qué tiempo había ocurrido aquello. El, viendo que yo no conseguía recordar, precisó:

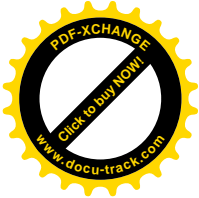
- Soy Antonio.

Y, entonces, recordé, pero no sé qué recordé, aparte del beso apasionado. Puse el coche en marcha y nos fuimos a la fábrica. Al llegar, él y su compañero, que había permanecido en el asiento de atrás mudo y como si no estuviera, desaparecieron.

La fábrica era un lugar extraño. Yo no sabía qué tenía que buscar allí. Mi padre había desaparecido y el policía también. Vi un letrero que decía *El atraco a esta fábrica se produjo, incluso estando al lado de la Comisaría*. Pensé: Miraré a ver dónde está la Comisaría por si allí me dan razón de Antonio y aclaro cuál era mi relación con él.

Mientras iba camino de la fábrica acompañada de mi padre, pero esta vez a pie, recorríamos el pueblo y mi padre me mostraba los monumentos y edificios notables. Al llegar a la fábrica, mi padre volvía a desaparecer y el edificio, más que una fábrica, parecía un centro comercial. Era como un edificio antiguo rehabilitado y lleno de pequeñas tiendas de curiosidades; muebles, lámparas, vajillas, cuadros...

Al volverme a mirar un escaparate, me encontraba con uno de mis hijos. Le tomaba de la mano y emprendíamos el camino de su colegio. Habíamos decidido ir a nadar allí. Pero mi hijo me llevaba a casa de un compañero suyo, cuya madre estaba en el jardín arreglando unas plantas. Hablábamos de los hongos que crían las plantas y de los remedios para exterminarlos. Luego, al ponernos el bañador, para ir al colegio a nadar, hablábamos de la gordura y los regímenes de adelgazar. Ella se quejaba de las mollas



de su estómago y alababa mi delgadez. Yo le decía que las mallas se pueden disimular, pero la delgadez de mis piernas no tenía disimulo posible y hacíamos bromas.

Al ponerme el bañador, yo me veía vestida de princesa oriental. Llevaba un velo de gasa celeste sobre la cabeza, un chalequito corto y zaragüelles. Mi traje me recordó el que una amiga le hizo a sus hijas para unos disfraces, cuando eran pequeñas. Empecé el camino hacia el colegio y pensé: Éste pueblo tiene mar, pero no he visto la playa. Al volver una esquina, me encontraba caminando al borde de la arena. Una playa inmensa, llena de toldos y casetas, con gran bullicio. El mar era intensamente azul y había grandes olas. Mucha gente se bañaba y saltaba las olas. Yo oía sus voces alegres que denotaban que los bañistas se estaban divirtiendo mucho. Pensaba: Tengo aquí un no sé qué para saltar las olas, pero, en seguida, me daba miedo perder las lentillas. De todas maneras es una tontería bañarnos en la piscina del colegio de las monjas, si se puede nadar en el mar.

En mi recorrido, volvía a pasar por los lugares por donde había pasado con mi padre e iba reconociéndolos, con la conciencia de haber seguido un camino paralelo. Pero, en lugar de llegar al colegio, volvía a toparme con el edificio de la fábrica. Entraba por las tiendas con la obsesión de saber dónde estaba la Comisaría y preguntar por Antonio. En una tienda llena de platos y vasos, encontraba a un hombre y le preguntaba por la comisaría. El me respondía en árabe y yo le repetía la pregunta en árabe. El me decía que no sabía dónde estaba la comisaría. Yo salía del edificio y veía que era circular, como una plaza de toros, reconvertida en un complejo con tiendas. La rodeaba y no encontraba la comisaría, pero veía, al otro lado de la calle, un edificio grande, de ladrillo, adornado con azulejos, con torreones, con aspecto de edificio militar. Efectivamente en la fachada había un *Todo por la Patria*. Con ese dato es, sin duda, la comisaría, le preguntaré al guardia de la puerta si conoce a Antonio. Pero en la puerta no había nadie. El edificio parecía en uso, pero no se podía saber si había gente dentro. En ese momento, yo desistía de mi búsqueda y quería volverme a casa. Empezaba a llover y yo iba con una amiga cuyo rostro no veía. Parábamos un taxi. Lo conducía una mujer con acento portugués. Yo no le decía la dirección y ella empezaba a conducir cuesta arriba por una larga avenida. De pronto, yo me daba cuenta de que la taxista no sabía a dónde me tenía que llevar y le decía voy a la calle... y, en ese momento, se me olvidaba el nombre de pila del titular de la calle, sólo recordaba el apellido: Algo así como Calderón o un apellido comenzado por C. Ella decía:

- ¿Sabe dónde está?

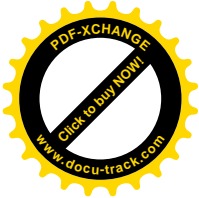
Y le respondía:

- Sí, en el Barrio de la Estrella. Bueno, no. Un poco más arriba, en la cuesta anterior.

A mi imaginación acudía la avenida que va a Moratalaz y la avenida que sale del comienzo del Barrio del Niño Jesús de Madrid, como si fueran una a continuación de la otra. Ella me decía:

- Ya sé dónde es.

A mí me quedaba una cierta sensación de estar yendo a una casa que no era mi casa. Me parecía estar en una ciudad desconocida, que no era un pueblo de la Mancha, ni una ciudad de la costa, era otro lugar en el que yo estaba de paso.

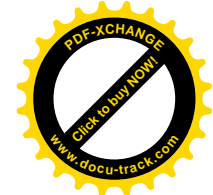


En este punto me desperté sobresaltada. El sobresalto no venía del sueño, sino del timbre del teléfono que sonaba quejumbroso. Salté hacia el aparato y una voz femenina al otro lado del hilo me comentó una serie de datos acerca de un trabajo que teníamos pendiente. Era una compañera a la que veo raramente, pero a la que en aquellos días me unía un compromiso profesional. Charlamos brevemente, hicimos un par de bromas y colgué el teléfono. Miré el despertador y comprobé asustada que ya era muy tarde y que no había conectado la alarma la noche anterior. En media hora estuve dispuesta para salir a la calle. Como cada mañana, cogí el coche, salí a la carretera, conduje hasta mi trabajo y cumplí con todas las obligaciones que tenía aquella mañana. Cuando regresé al mediodía, el teléfono sonaba de nuevo. Otra voz femenina me hablaba apresurada para comunicarme el fallecimiento de un antiguo profesor e informarme de que el entierro sería una hora después en un pueblo cercano a Madrid. Comprendí que por mucho que me apresurara no llegaría a tiempo y lamenté no haberlo sabido más temprano.

Al colgar el teléfono, me vinieron a la memoria al mismo tiempo el sueño y la conversación que me había sacado de él. No podía creerlo. La compañera que me había llamado por la mañana era muy amiga de este antiguo profesor. Era seguro que tenía noticia de la situación, ¿cómo no me había dicho nada? ¿Cómo había sido capaz de bromear conmigo como si nada ocurriera?. Aún estaba yo preguntándome estas cosas y recordando el sueño, cuando volvió a sonar el teléfono. Esta vez era mi marido. Me decía lo mismo y que él, que estaba más cerca, se iba al entierro.

Toda la tarde estuve dándole vueltas a aquella noticia, al silencio de mi compañera y al sueño. No sé por qué tenía la sensación de que todo ello estaba unido por alguna extraña conexión que yo no llegaba a entender.

Hace ahora cinco años del sueño y de la muerte del profesor. Lo único que ahora sigo sin entender es porqué me besaba yo con alguien detrás de la alfombra de las hormigas y el silencio que vino después.



EL FAVOR

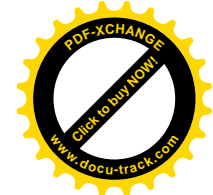
Estaba perplejo. Por más que examinaba la situación no llegaba comprender las razones que podría haber detrás de aquella actitud de animadversión. Sentado tras su mesa de trabajo, con la mirada perdida a través de la ventana frontera, hizo mentalmente un repaso de los acontecimientos de los últimos días. Cada vez que había estado con Esteban, en las pasadas tres semanas, había percibido una especie de rechazo, una palabra velada pero dicha con intención hiriente, una mirada de aparente indiferencia y, al tiempo, como escrutadora e inquisidora.

Esteban y él eran compañeros desde el colegio. Sus familias habían mantenido un trato constante a lo largo de tres generaciones lo que él consideraba casi más fuerte que un lazo familiar. De adolescentes habían compartido sueños y proyectos más bien fantasiosos que, desde luego, no se habían cumplido y de los que se habían reído todas las veces que había habido ocasión.

Esteban había continuado el negocio familiar de droguería y se había quedado a vivir en el pueblo. El se había marchado a estudiar a la ciudad y se había asentado allí con su familia. Cada verano regresaba al pueblo a pasar las vacaciones y, no cabía duda, los planes de esos días de ocio pasaban siempre por Esteban, así como casi todo lo relacionado con el pueblo.

Cuando él decidió remozar la casa de sus padres, se apoyó en Esteban porque era quien conocía a los que en el pueblo podían hacerse cargo de las obras con garantías. Cuando había querido buscar una chica de servicio que los atendiera durante las vacaciones o que mantuviera la casa en orden durante el invierno, Esteban se la había proporcionado. Los muebles se compraron donde dijo Esteban, también los electrodomésticos y los árboles y plantas que se pusieron en el jardín. Construyó la piscina el experto conocido de Esteban y un amigo de Esteban era quien suministraba los productos para la depuradora. Esteban se encargó de buscar a la modista que confeccionó las cortinas. Esteban abrió la cuenta en la sucursal bancaria y se ocupó de domiciliar todos los recibos de la luz, el agua y la contribución. Pagaba al jardinero la escarda, la poda y el mantenimiento y en el verano se ajustaban las cuentas con Esteban. Llegó hasta tal punto la dependencia de Esteban, que él se compró su nuevo coche en el concesionario del pueblo, que era de un amigo de Esteban, en lugar de hacerlo en la ciudad y, desde aquel momento, el taller mecánico para las revisiones y reparaciones era el de otro amigo de Esteban.

Aunque en algunas ocasiones tuvo la impresión de que lo que Esteban le proponía era un poco subido de precio, jamás se lo discutió. Incluso llegó a tener una pequeña pelea con su mujer, porque Matilde decía que era más barato esto o aquello si se aprovechaban las ofertas de los almacenes de la ciudad. Pero Esteban era Esteban y lo que proponía iba a misa. Así se zanjó la disputa con Matilde que nunca más volvió a insistir. A Matilde tampoco le gustaba mucho la mujer de Esteban cuya conversación se reducía a los cotilleos del pueblo y las enfermedades de los niños. Pero él sabía que Matilde se hacía siempre la misma reflexión: Total para tres semanas al año que pasamos en el pueblo y algún fin de semana, tampoco me pasa nada por aguantar sus conversaciones sin sustancia y él disfruta tanto en el pueblo. Se lo había oído comentar a sus amigas.



Así que no sabía qué podría haber producido aquel cambio en el talante de Esteban ese verano. No recordaba ninguna disputa ni rechazo a alguna de sus propuestas. Habían ido de excursión a donde había dicho Esteban, habían comido en el restaurante que había sugerido y el menú que Esteban había propuesto. En fin. Por más que se devanaba los sesos no se le alcanzaba qué habría sucedido.

Matilde lo encontró en esa actitud pensativa al entrar en la habitación. El dijo:

- ¿Le has notado a Esteban como cabreado?

- Tal vez. Replicó ella con cautela.

- ¿Le has dicho tú algo?

- No. Nada.

- No sé qué le pasa.

- Pregúntaselo.

- No me atrevo, ¿y si son imaginaciones mías?

- Tú conoces bien a Esteban, ¿qué le has notado?

- Me suelta puyas. Me mira de un modo raro, como si me espiara...

- ¿Le has dicho algo del dinero que le prestaste para la reforma de su tienda?

- ¡Mujer! ¡como le voy a decir nada! Ya me lo devolverá cuando le venga bien. Aunque, como si no me lo devuelve.

- Pues, eso es lo que le pasa.

Matilde salió de la habitación y mi perplejidad se instaló sobre los muebles, se colgó de las paredes y de las cortinas, cegó la ventana y llenó todo el espacio.



IDIOMAS

Tumbada en la playa, estaba a punto de dormirse arrullada por el rumor de las olas, gozando del calor del sol en la piel, cuando una vocecilla infantil la sacó de su duermevela repitiendo un sonsonete:

- Guach-yor-nay, guach-yor-nay, guach-yor-nay. Decía como si fuera el estribillo de una canción.

Ella no abrió los ojos, pero siguió escuchando aquella voz infatigable. Unos segundos después, otra voz de niño dijo:

- ¿Ke'iceh?

- Poh, guach-yor-nay.

- Y ¿eso ke'el.lo k'eh?

- ¿Cómo te yama?

- ¿En ké?

- N'ingléh.

- ¿Eh-ke tu sabe inglés?, ¡pijo!

Las voces infantiles se perdieron y ya no se supo más.



LOS ADJETIVOS

Cerca estaba sentado un escritor más conocido de lo que él merecía y menos de lo que creía merecer. Hablaba con voz engolada y demasiado elevada como para que sus ecos no llegaran hasta donde estaba yo. La conversación que mantenía, plagada de lugares comunes dichos como si fueran verdades fundamentales, interfería en mi lectura reposada del periódico. Al cabo de unos instantes, alguien con tono obsequioso le preguntó al autor más conocido de lo que merecía y menos de lo que creía merecer si estaba bien y el autor más conocido de lo que merecía y menos de lo que creía merecer replicó con su voz más engolada y categórica:

- ¡Fenomenal!

Me pasé una semana haciendo una encuesta entre familiares y amigos, proponiéndoles que me dijeran, a poder ser con un solo adjetivo, cómo se encontraban. Gracias a Dios casi todos se encontraban bien y la encuesta arrojó el siguiente resultado:

78% bien

13% muy bien

9% a gusto

Los que respondieron esto último eran mayores de sesenta años.

Entre los que contestaron “bien” había un 60% de menores de 35 años.

No se contabilizó a los que no fueron capaces de contestar mas que “guay”, menores de 18 años en un 90%.

Como siempre pasa, no supe muy bien qué hacer con los resultados de la encuesta, aunque me divertí haciéndola. Únicamente, aquello me recordó que Julio Camba contaba en una novela suya que el alemán es igual que el español, sólo que todo lo que en español se escribe con "c" en alemán se escribe con "k". Me prometí que la próxima vez que alguien me preguntara cómo estoy respondería:

-¡Kolosal!



INÉS Y ARTURO

Arturo e Inés llevaban casados unos treinta años. Tenían dos hijos varones y una hija, una red extensa de parientes, amigos y conocidos -casi todos intercambiables-, una posición social y económica como para andarse con tiento en los gastos y festejos, pero sin pasar privaciones, y varias aficiones e intereses no compartidos.

Arturo sentía aprecio por su trabajo de representante, por los compañeros y compañeras de empleo, por la mayoría de sus clientes y por las relaciones y ocasiones que le proporcionaban; que si la cervecita de mediodía, que si una cenita aquí o allá, que si una merienda en el campo o una comida de trabajo. Como se trataba de compromisos, su eterna lucha perdida contra su vesícula y la obesidad no tenía más remedio que salpicarse de treguas, que no rendiciones. Dicho de otro modo, los compromisos le permitían comer de todas aquellas cosas que Inés no le dejaba ni mirar en casa. Ella casi nunca le acompañaba a esas obligaciones y, cuando lo hacía, bien se encargaba de señalar en voz muy alta y a todo el mundo que a su marido no le convenían todas aquellas cosas, que ella lo decía por su bien y que ya vería qué nochecita iba a pasar. Como tenía altas dotes proféticas, a la mañana siguiente, se encargaba de informar a todos los amigos y conocidos de lo malo que había estado su Arturo de madrugada, tal como ella había predicho la noche anterior. Si no había ocasión de pasar esta interesante noticia, en la comida, merienda o cena subsiguientes, se ocupaba en hacer el censo de todas las ocasiones anteriores en que su Arturo se había entripado en aquella compañía y se había puesto a morir sobre las cuatro de la mañana. Apoyada en la extensa estadística, auguraba, entonces y de nuevo, las penas del infierno para la digestión de su Arturo.

Por su parte Inés se dedicaba a sus labores que consistían en atender su casa y la comida, llevar y traer a sus niños del colegio (aunque de esto ya hacía tiempo que estaba liberada), frecuentar consultas de diversos especialistas en varias ramas de la medicina y dormirse plácidamente por la noche delante de la televisión. No obstante, todas estas actividades así tan someramente descritas no señalan con precisión hasta qué punto llevarlas a cabo requería de una gran maestría y, desde luego, de una gran dedicación.

La comida, por ejemplo, no era cosa baladí. Primero había que planear un menú, cuidando de no caer en las repeticiones, evitando aquellas materias que por su precio pudieran desequilibrar el presupuesto familiar y que, en su caso, pudieran causar desarreglos en la vesícula de Arturo o acrecentaran sus problemas con la báscula. Otra cuestión que debía sopesarse con cuidado era que les gustara a los niños -que lo «comieran bien», ésta era la



expresión- y que les proporcionara la dieta adecuada a sus necesidades de crecimiento y también les evitara la obesidad que afectaba a su padre. Por otra parte, ella no era problema, comía de todo, le caía bien y no le engordaba. Claro está que ella se cuidaba.

Tras un examen detenido de todas estas cuestiones, generalmente Inés compraba unas acelgas o unas judías verdes, a las que cocía acompañadas de patata, para aderezar con aceite de oliva (que es muy sano). Tras eso, a los niños les ofrecía algo de queso y la fruta, a Arturo sólo la fruta, porque el queso es muy graso y «tú no tienes que crecer», le decía, y ella se tomaba la verdura y unas costillitas de cordero lechal, porque a ella, gracias a Dios, todo le caía bien y «el queso es para los niños que tiene mucho calcio».

Además hay que recordar los minerales, las vitaminas y otra serie de elementos como el colesterol bueno y malo. Tan perjudicial podía ser la carencia de unos componentes en los alimentos, porque se necesita magnesio y fósforo, como que tuvieran exceso de potasio o de sodio. Saber todo esto no es ninguna tontería que se aprende así como así. Hay que prestar mucha atención, tener retentiva y no confundir una cosa con la otra y, especialmente, estar atento a los avances de la dietética, porque si en algún momento alguien pudo aconsejar consumo masivo de vitamina C para evitar infecciones, hoy sabemos que su exceso se elimina por la orina y hay que tomar lo justo. Por otra parte, los fabricantes y manipuladores de productos alimenticios introducen conservantes, edulcorantes, saborizantes o colorantes que hacen más atractivo su aspecto, pero cuyos efectos secundarios las más de las veces no han sido adecuadamente evaluados. Ni qué decir de los desaprensivos que inflan a hormonas a los pollos, los cerdos y las vacas y, bueno, eso ya Dios sabe lo que pueda llegar a producir en los seres humanos. Se dice que en Estados Unidos ha habido hasta cambios de sexo involuntarios por ingesta masiva de hormonas acumuladas en la piel de los pollos.

Por lo tanto, decidir el menú y comprar los elementos para confeccionarlo requiere un esfuerzo y una serie de conocimientos que deben ser contrastados concienzudamente casi a diario. Así, Inés acudía dos veces por semana, además de algunas consultas esporádicas, a una tertulia en un café en donde se debatían estas cuestiones. Es cierto que no todo el tiempo se hablaba de los componentes básicos de la alimentación humana y de su correcta dosificación y administración, también se hablaba de los lugares donde se encontraba el pollo o la pescadilla a mejor precio; lo que significaba haber elaborado un concienzudo estudio de los mercados locales y, en su caso, la comparación con los de otras capitales de provincia o pueblos de la comarca.

Así mismo en estas tertulias multidisciplinarias se examinaba el tema de la educación de los niños, las normas de funcionamiento del colegio, la conveniencia de una educación mixta,



del uso del uniforme, del desgaste de los materiales escolares, la pertinencia del Plan de Estudios, la capacitación de las maestras y maestros, las normas de urbanidad y disciplina, etc., etc. Lo que dicho así parece una tontería y cosas de hablar por hablar, sin embargo si bien se examina, se dará uno cuenta de que el debate acerca de estos asuntos proporcionaba a Inés una información bastante completa acerca de la economía del país, de las medidas del Gobierno para adecuarla a las necesidades de los ciudadanos, la correspondencia entre la economía nacional y la de otros ámbitos más amplios (Europa, Estados Unidos y el Sudeste asiático), las tendencias en la educación que hacían prever qué demanda tendrían determinadas especialidades profesionales. Y, en aspectos menos ambiciosos pero igualmente importantes, una información exhaustiva acerca de los usos y costumbres de los educadores, su desempeño social, su capacidad para el control de masas, su psicología personal, sus posiciones ideológicas y un sinfín de detalles más.

Colateralmente, además, aquellos encuentros semanales de reflexión y contraste proporcionaban a Inés una valiosa información acerca de menudos asuntos locales, pero que había que tener en cuenta para un adecuado desenvolvimiento social: Bodas, divorcios, nacimientos, defunciones, accidentes, golpes de fortuna, cambios de sexo o de empleo, etc. eran cuestiones que se repasaban cuidadosamente para poder, luego, obrar en consecuencia y con la pertinencia exigible.

Toda esta actividad, en principio provocada por la conveniencia de estar adecuadamente preparado para llevar a cabo una tarea que, a simple vista, puede parecer nimia, exigía de Inés un esfuerzo añadido para contrastar la información. Así, cada vez que se encontraba a una conocida en el mercado o en la calle, se detenía a comentar alguno de los asuntos tratados en la reunión del martes o del jueves para verificar su grado de veracidad. Ello también la obligaba a estar pendiente de la radio y de los programas de información general que se emitían generalmente por televisión en horario de sobremesa. Compraba, así mismo, un par de revistas a la semana que le permitían tener además una opinión autorizada con la que contrastar todos los elementos que había ido reuniendo.

El inmenso trabajo que suponía la elaboración de la comida, junto con las mil y una tareas restantes obligó a Inés a ingeniárselas para detraer del presupuesto familiar un dinero que le permitiera contratar a una asistenta dos veces por semana. Pensando en el bien de Arturo, lo convenció para que dejara de fumar y de tomar un vaso de vino en las comidas, así mismo le hizo comprender que desayunar con té era mucho más saludable que tomar tanto café con leche, mojando una magdalena. Arturo comprendió que, efectivamente, aquello beneficiaba a su salud



y no tuvo inconveniente en cambiar de hábitos.

El se lo contaba a todo el mundo: Inés es una mujer sensacional. La pobre trabaja tanto, está tan agotada que, por la noche, ni puede hacer la cena y se queda sopa en el sillón en cuanto se sienta. Cuando le dije que debería buscar una asistenta que, al menos, le hiciera lo más gordo, en seguida me dijo que ese gasto supondría recortar por otro lado, pero en seguida, me dijo: tú no te preocupes. Ha contratado a una chica y es seguro que ella ha dejado de comprarse algo que le apetecía o que le hacía falta para poder pagarla. Te digo que esa mujer mía es una mina.

A pesar de la gran actividad que Inés desplegaba para atender a todas sus obligaciones y aunque trataba de explicarle a Arturo las menudas razones que respaldaban cualquier decisión, éste no se interesaba demasiado por las causas científicas y los datos estadísticos aportados por Inés. El más bien se ocupaba de otras cosas. Su pasión era la astrología y, sin duda, las conjunciones astrales, la combinación de planetas en las diversas casas y, en particular, el ascendente explicaban por sí solos la mayor parte de los fenómenos.

Claro está que Arturo no había llegado de manera frívola a determinar la influencia de los astros, ni se dejaba llevar por opiniones poco autorizadas. Su convencimiento era producto de la observación. Su trabajo de vendedor le obligaba a entrar en contacto con todo tipo de personas y, desde muy joven, llevaba una especie de fichero en el que anotaba cuidadosamente las fechas de nacimiento -y la hora en particular- de todas las personas de su entorno, de todos aquellos con los que de forma más o menos regular mantenía relaciones e incluso de aquellos con los que había tenido o tenía un trato coyuntural.

Levantar las cartas astrales de todos ellos le llevaba buena parte de la noche. Esto no le importaba demasiado ya que padecía de un insomnio pertinaz. En los últimos tiempos, gracias a un magnífico programa informático, había simplificado mucho su trabajo, pero como esas máquinas misteriosas que son los ordenadores en cualquier momento te la juegan por una simple bajada de la tensión eléctrica, él anotaba con cuidado en fichas sus deducciones.

Inés y Arturo pues, cada uno a su modo, eran personas meticulosas que no hacían su trabajo de cualquier manera, sino empleando métodos científicos que, aunque a más de uno le pudieran parecer peculiares o poco fiables, a ellos -y la experiencia es la madre de la ciencia- les daban buenos resultados. Esta capacidad para desempeñar sus tareas con absoluto convencimiento y perfección les hacía verse a sí mismos, y no les faltaba razón, como personas eficaces y de fiar a la hora de desempeñar cualquier tarea. No obstante, este convencimiento profundo, sin duda fundado, tenía un problema, porque ya se sabe que no hay método perfecto. Estaban absolutamente de acuerdo en que su modo de actuar era el único posible y fiable. Pero,



al ser métodos tan dispares, les llevaban a desconfiar de las actuaciones del otro y, en particular, a pensar que sus mundos estaban absolutamente separados y, desde luego, a considerar que los demás no tenían ni idea de cómo se hacen las cosas.

La pareja, *pro bono pacis*, había llegado a establecer un *statu quo* para la convivencia y así pensaban que si el método de Inés era perfecto para llevar la casa y la economía doméstica, el de Arturo era el idóneo para atender su negocio y viceversa. Además como estaban totalmente de acuerdo en que sus métodos eran los únicos verdaderamente viables coincidían en estimar como obsoletos y fuera de lugar los de los demás. Este convencimiento llevaba a Inés y Arturo a una absoluta fiscalización sobre las actividades de los demás, porque, viendo los errores que cometían los otros, por una parte, (eran muy solidarios) eso les permitía subsanarlos y, por otra parte, les proporcionaba un nuevo dato para su más que total convicción. Siempre es bueno mirarse en los demás para no ser como ellos y cometer sus errores.

El lector que haya llegado hasta aquí habrá comprendido ya que mi interés en presentar a Arturo e Inés no estribaba tanto en contar un cuento, sino más bien en proponer un ejemplo. A Arturo e Inés, gracias a Dios, no les ocurren desgracias terribles, no han cometido dislates o delitos y no es probable que los cometan, tampoco les alcanzan maravillosos acontecimientos que los saquen de su abnegada vida y los conduzcan a una situación de placer continuado y despreocupación. No ellos son así, han sido siempre así y lo seguirán siendo. Propongo su ejemplo porque considero que muchas veces parecemos estar esperando grandes acontecimientos que marcan la historia de la humanidad y no nos damos cuenta de que la humanidad es fundamentalmente como Inés y Arturo.



UN HOMBRE CUALQUIERA

A Patricia Fernández Azofra

El Ángel de la Muerte pisó el freno intempestivamente. Las ruedas de su coche sacaron chispas del asfalto. Luego, levantó el pié del freno, apretó el acelerador y se perdió en la noche, convencido de que se había equivocado de camino.

Patricia frenó. Después, me dijo por teléfono que sólo recordaba haberse visto frente a un muro y que su coche estaba en dirección contraria a la que ella iba. Cuando verdaderamente se asustó fue al comprobar que el maletero de su coche ocupaba todo el lugar del asiento posterior y casi se le había empotrado en los riñones.

Paco, el del transporte de frutas, no podía decir más que:

- «Señorita, lo siento, no he podido hacer otra cosa. Señorita, ¿está usted bien? ¡Cago en la leche! la podía haber matado».

Anselmo, salió de la hormigonera dando tumbos. Se llevaba la mano a la cabeza y decía:

- «Ha sido el de la fruta. Yo no he podido hacer nada».

El periódico del día siguiente recogía:

Accidente en la M-40

VARIOS VEHÍCULOS SE VIERON IMPLICADOS ANOCHE EN UN TERRIBLE ACCIDENTE EN LA M-40 EN EL QUE HAY QUE LAMENTAR EL FALLECIMIENTO DE U.H.C. DE 44 AÑOS QUE VIAJABA SOLO EN SENTIDO MADRID. UNA HORMIGONERA QUE CIRCULABA EN SENTIDO SALIDA, AL PARECER PARA EVITAR LA COLISIÓN CON OTROS VEHÍCULOS QUE LA PRECEDÍAN, HIZO UN VIRAJE, SALTÓ LA MEDIANA Y FUE A CAER SOBRE EL VEHÍCULO QUE CONDUCCIÓN U.H.C. LOS BOMBEROS TUVIERON QUE ACTUAR PARA EXTRAER EL CUERPO DE ENTRE LOS HIERROS DEL COCHE QUE QUEDÓ COMPLETAMENTE DESTROZADO. EL CONDUCTOR FALLECIÓ EN EL ACTO.

Anselmo, sentado en la barbería, con el collarín puesto, le decía a Vicente:

- «Ya veremos qué sale con lo del juicio, pero yo no tuve la culpa. El tío de la fruta se paró de golpe... A mí se me va a caer el pelo y ya no tendré que venir aquí, pero te juro que yo no pude hacer nada».



Paco comentaba con sus compañeros en el Bar de Antonio:

- «Por poco mato a la chiquilla y por poco me muero yo del susto, aunque el que se jodió fue el que iba por el otro lado, no quedó de él ni el carnet».

Patricia, al leer la noticia, pensó: «¿Por qué los vivos no cuentan y por qué los muertos son sólo iniciales?» Luego se durmió suavemente, tras buscar una postura en la que no le dolieran todos los huesos un poco magullados del golpe.

Azrael se quedó perplejo al leer el periódico. Así que no se había equivocado de camino ni de lugar. U.H.C. era su objetivo. Una vez más, el Ángel de la Muerte se lamentó de parecer ciego.



TU NOMBRE ES AGUA

El canal de cemento, cauce artificial de un río inventado por la mano del hombre, separa dos ribazos de tierra rojiza que se derraman sobre un plantío de frutales por el norte y un maizal por el sur. May salió por la ventana, atravesó el pequeño huerto trasero, empujó con sigilo la portezuela de goznes renqueantes y echó a correr, confundida con las primeras luces ocres de la mañana aún no despierta.

Se sentó en el borde de cemento del canal e introdujo sus pies morenos y menudos en el agua. Sus ojos profundos y negros, rodeados de una leve sombra violeta que les daba un cierto aire de ensoñación y tristeza, se quedaron fijos en las ondas verdes del agua del canal. Sobre el espejo del agua, nadaban los retazos de su memoria reciente de tierra seca y amarilla. En aquel fondo de cuadro estéril, flotaban, airosas y azotadas por el viento, las telas oscuras de las jaimas y los vivos colores del vestido amplio de su madre. Levantó la vista y la paseó embelesada sobre las copas verdes de los pequeños arbolillos cuajados de fruta que tenía enfrente, al otro lado del canal. Con el rabillo del ojo, observó la salida del sol que ya apuntaba. Cuando la claridad naciente le pareció tan amenazadora como la de los viejos cuentos que contaba su abuela, en los que siempre los amantes se separaban al salir el sol y sufrían una larga noche de separación durante todas las horas de luz, abandonó su postura y volvió corriendo a la casa tan furtivamente como había salido. Trepó a la ventana, se metió en la cama y notó el calorcillo leve de las sábanas, que conservaban la forma de su cuerpo, en sus pies frescos por el contacto del agua. Con aquella sensación suave de frescor se durmió rápidamente, hasta que la voz de su madre adoptiva por unos días la despertó de nuevo, diciendo:

-Niña, arriba, que son ya las diez.

Los días transcurrían lentamente con el calor abrasador de las tierras del sur y las pesadas moscas del verano que se colaban, quién sabe por dónde, a través de las espesas mosquiteras de las ventanas. May iba a buscar el pan y las pequeñas mercaderías que su madre adoptiva necesitaba para la comida. Se sentaba en la cocina, después de tomar su tazón de leche migada, a quitarles las hebras a las judías verdes o a cortar en pequeños trozos las duras y verdes hojas de lechuga que echaba en un lebrillo con agua. Alguna vez la dejaban que batiera los huevos para la tortilla de patatas o que pelara los tomates para el gazpacho. Al terminar las tareas de preparación de los ingredientes de la comida, su madre le pedía que le leyera algún libro. May, con voz clara y un ligero acento, leía un viejo libro de vidas de personajes célebres de la Historia



de España; María Pita, Agustina de Aragón, Viriato, pero se saltaba Almanzor, Abderrahman tercero o el Cid Campeador, porque su madre decía:

-Tú eres una niña valiente y has de leer las historias de mujeres valientes. Que los hombres iban a la guerra, ya lo sabemos. Lo que han peleado las mujeres toda la vida de Dios, eso no lo sabe nadie y tú tienes que aprenderlo. La de Viriato, es la única que se salva, porque ése lo que quería era liberar a su patria, no como los otros que buscaban quedarse con lo de los demás.

May escuchaba encantada aquellos comentarios históricos y volvía a leer con algún titubeo las historias que se sabía de memoria. Desde que aprendió a leer en castellano y comenzó con sus estancias en aquel pueblito sureño en casa de la señora Candelaria, había leído, una vez tras otra, el mismo libro, que de cuando en cuando alternaba con otro que tenía la historia de Noé, de Abraham y de Moisés. La señora Candelaria se sorprendía mucho de que May conociera tan bien aquellas historias, sobre todo la de Moisés que fascinaba a la niña.

-Mi abuelo se llama Musa, que es Moisés en mi lengua -decía May-. El también vive en el desierto y, un día, porque es un hombre creyente, Dios lo sacará de la arena y el polvo y lo llevará a una tierra donde hay ríos. También Dios abrirá el mar para mi abuelo Musa y todo nuestro pueblo.

La señora Candelaria se maravillaba de la esperanza de la niña y, antes de darle permiso para que fuera a la plaza a jugar con otros críos o al polideportivo municipal a bañarse en la piscina, la interrogaba acerca de su gente, de su pueblo, de las comidas y los vestidos, de su madre, de su padre y de sus hermanos. La niña desgranaba detalles acerca de una larga lista de personas, que prácticamente abarcaba a todos los habitantes de Tinduf, con los que tenía algún parentesco o, en realidad, con los que la unía ese lazo aún más fuerte que la sangre que es el de estar expatriado.

Sin embargo, era hermoso escuchar a May cómo describía con su vocabulario infantil la luz del desierto, las tiendas y chabolas, las conversaciones de las mujeres en torno al té humeante y perfumado a la hierbabuena, los juegos de los niños, la vida cansina de los hombres y los remolinos de polvo. La llegada de los cooperantes, de los grupos de Payasos del Mundo, de algunos periodistas con sus cámaras y artilugios, de algún «señor importante» que había ido para interesarse por la vida de los refugiados y sus problemas. Pero, lo más divertido eran los payasos. Una vez apareció un muchacho grande. Blanco. Con el pelo blanco y los ojos blancos.

-¿Cómo con los ojos blancos?

-Sí, blancos como el cielo.



-¿Serán azules?

-No sé. Son como... No son como los míos o como los que tú tienes. El no hablaba, sólo hacía gestos. No sabía árabe. Dijo nada más *Ahlan wa-sahlan*, muy despacio. Luego, sacaba de las orejas caramelos. Nos contó una historia de una niña que peleaba con un lobo. El cuento no era tan bonito como los que cuentan mi abuela y mi tía Asma, pero era muy gracioso, moviendo sus ojos blancos. Cuando se quitó una capucha que llevaba, tenía una coleta en el pelo que le llegaba hasta la espalda. Todos queríamos tocar aquel pelo que no parecía de verdad. A mí me dejó que le trenzara una cinta verde con su pelo y me dijo, después de verla en un espejo, que no se la quitaría nunca, porque estaba más guapo así. Mi madre dice que si no se quita la cinta para lavarse el pelo, se le caerá todo y, entonces, será como un huevo. No sé cómo se puede ser guapo con el pelo tan blanco y los ojos blancos. Pero, él estaba contento y a mí me gustaban sus historias sin palabras.

Los días discurrían plácidos. May disfrutaba de sus charlas en la cocina, de sus juegos con los niños y las niñas del pueblo, con las excursiones y las tertulias en la puerta al anochecer. Sin embargo, lo mejor del día, era lo que ella hacía de madrugada y a escondidas. Sus visitas al canal.

Es verdad que la piscina municipal es muy bonita, pero el agua huele mal. Tiene un color extraño, como si le hubieran echado tinte. Le recuerda la ropa que a veces lleva su abuelo Musa y que le deja la cara sudada de color morado. La monitora la ha enseñado a nadar con una tabla. Trini le dice: ¡suelta la tabla! que ya puedes flotar sola. Pero ella tiene miedo. Ha oído a su padre decir que el hombre es de barro y se deshace en el agua, aunque también se queja de lo que sufren por la falta de agua y que los hombres no pueden vivir sin agua. Son cosas que dicen los mayores y que no tienen mucho sentido. De todas maneras, aunque le gusta la piscina, incluso con su olor y color extraños, no hay nada en el mundo como el canal. Allí el agua corre de color verde claro, como las hojas de los árboles y del maíz. Se nota que las plantas crecen y miran el agua, sonrientes y agradecidas. Si ella fuera mayor, haría un canal en Tinduf, aunque tuviera que traer el agua del mar. Seguro que en un viaje tan largo el agua se volvía dulce.

Lo que más le gusta de sentarse al borde del canal por la noche es ver, cuando el cielo está claro, cómo las estrellas se reflejan en pequeñas chispas de luz en el agua. Con el agua es como tener el cielo en la mano.

Unos golpes fuertes y gritos llamando a la señora Candelaria despertaron a toda la casa.

-¿Dónde está la niña saharauí?

-En la cama, ¿dónde va a estar? Aquí no se ha levantado nadie aún, a mí me ha sacado



usted de la cama con esos golpes. ¿Qué pasa?

-Venga usted a ver.

May estaba en el Ambulatorio, tendida en una camilla y cubierta con una sábana. La señora Candelaria con un ataque de nervios miró la carita de May y dijo en un grito: Ella es. Las ojeras de color violeta eran más profundas que nunca, pero la boca tenía una pequeña sonrisa suave y parecía mostrar la misma satisfacción que cuando acababa de comerse una gran raja de sandía, poniéndose toda la cara perdida de jugo rojo.

El alma de May, que aún revoloteaba cerca de su cuerpo, exclamó: Yo quería tener una estrella en mi mano. Pero ellos no la oyeron.

La señora Candelaria con los ojos y el corazón llenos de lágrimas le dijo al cabo:

-Se acostó en cuanto le dije que se fuera a la cama y no la hemos sentido escaparse. Era una niña muy obediente y nunca dio ningún mal.

El cabo dijo:

-No es culpa de nadie. La niña debió de salir a escondidas y marcharse al canal. Tal vez se inclinó demasiado a tocar el agua y resbaló. Luego no pudo salir, porque el cemento mojado no deja donde agarrarse. Han soltado el agua esta noche para el riego y lleva mucha fuerza...

La señora Candelaria añadió entre sollozos:

-No sé qué será de su madre con esta noticia. Sólo sé que ella me dijo que su nombre, May, es agua y tenía tanta necesidad de agua que, al final, se ha ido con ella¹.

¹ *In memoriam* del niño saharauí, cuyo nombre no registraba la crónica periodística, que murió ahogado un día de Julio de 2001 en un canal en la provincia de Badajoz.



EL GRAN VISIR

Hace mucho tiempo que tengo ganas de escribir un cuento que empiece por «hace mucho tiempo» y ya ha llegado ese tiempo. Así que:

Hace mucho tiempo, en un lejano reino, había un rey que mandaba muy poco y un gran visir que mandaba mucho. En aquel reino había muchas provincias; unas más lejanas y otras más cercanas. También había una capital que era la ciudad desde la que se contaban las distancias. De manera que, cuando digo que había unas provincias lejanas y otras cercanas, me refiero a que estaban más o menos alejadas de la capital del reino.

Además del rey que mandaba poco y del gran visir que mandaba mucho y de los súbditos corrientes que hay en todo reino, había una viejita que vivía en la capital y que se dedicaba a enseñar las letras a los niños de su calle. Era una persona ilustrada, lo que no era muy corriente en aquel reino. La viejita maestra tenía unos parientes en una lejana provincia que, como ya he dicho, era lejana porque estaba lejos de la capital donde vivían el rey que mandaba poco y el gran visir que mandaba mucho.

Los parientes de la viejita eran un hermano de padre y de madre, su esposa que no era prima suya, y cinco hijos. El hermano de padre y de madre era herbolario. Conocía muy bien toda clase de plantas y sus utilidades. Para alcanzar aquel conocimiento no sólo había tenido que patear mucho las colinas y montañas de la lejana provincia y de otras limítrofes e igualmente lejanas, sino que había tenido que estudiar en viejos libros que alguien decía que habían escrito unos griegos que ya estaban todos muertos. También alguien opinaba que esos libros estaban escritos con una tinta muy negra y en unos caracteres que se leían de arriba hacia abajo, lo que, según parece, permitía sospechar que los habían escrito unos chinos que, en cualquier caso, también estaban todos muertos hacía tiempo. Así que se puede decir que el hermano de madre y de padre de la viejita maestra era así mismo un hombre ilustrado.

En la capital de aquel reino, no se sabía con certeza si el rey que mandaba poco era un hombre ilustrado o no, pero, en cualquier caso no era importante que fuera un sabio porque mandaba muy poco. De los conocimientos del gran visir que mandaba mucho, tampoco se tenía otra noticia que no fuera lo que él decía de sí mismo y, desde luego, lo que decían de él los consejeros y propagandistas que le rodeaban. Todos ellos, con cierta frecuencia, mandaban a los pregoneros y a los escribas de pasquines a sembrar la capital con proclamas que afirmaban que



el gran visir conocía varias lenguas, aunque no las hablaba en público, que sabía mucho de geografía, aunque nadie sabía si había visitado las regiones que se decía conocía, que había aprendido de memoria los viejos poemas clásicos de poetas ya muertos, aunque con frecuencia citaba a unos por otros o les atribuía obras que no habían escrito. Pero como mandaba mucho, nadie le discutía y todos daban por buenas las afirmaciones que hacían los consejeros y los propagandistas.

Siempre hay gente incrédula y que todo lo pone en duda o lo critica, y la viejecita maestra y su hermano el herbolario con frecuencia detectaban cuando el gran visir que mandaba mucho se equivocaba en sus citas o en sus menciones de regiones casi por todos ignoradas. No obstante, este rasgo de familia no le importaba a nadie, porque la gente no iba a la viejita maestra en razón de sus opiniones acerca del gran visir, sino a pedirle que enseñara a sus hijos a leer un poco y a escribir su nombre, y tampoco acudían a su hermano de padre y de madre, el herbolario, más que para solicitarle algún remedio para una jaqueca, unas diarreas o un mal de muelas. De este modo el espíritu crítico que adornaba a estos dos hermanos, quizá una cuestión genética o tal vez pedantería por ser algo ilustrados, no tenía consecuencias en la marcha general de los asuntos de aquel reino.

Pero andando el tiempo, los hijos del herbolario crecieron y pronto se pudo observar que, en lugar de parecerse a su madre o al resto de los súbditos corrientes de aquel reino, se parecían mucho en este rasgo del carácter puntilloso con los conocimientos a su padre el herbolario y a su tía la maestra. Por eso digo que tal vez fuera producto de una característica genética.

Cuatro de los hijos del herbolario se dedicaron al comercio y junto con este noble oficio aprendieron una regla de oro que puede resumirse de la siguiente manera: Un buen comerciante no suele tener otra opinión distinta de la del cliente y nunca se jacta de sus ganancias, más bien plañe por sus constantes (reales o no) pérdidas. Como en aquel tiempo y en aquel reino donde había un rey que mandaba poco y un visir que mandaba mucho, las opiniones diferentes no estaban bien vistas y casi nadie se molestaba en tenerlas porque no servían más que para dar disgustos, los cuatro comerciantes hijos del herbolario y sobrinos de la viejita maestra no solían tener más opinión que la falta de opinión de sus clientes, aunque en privado de vez en cuando se vieran impelidos por aquel rasgo genético a tener alguna idea propia.

Sin embargo, no existe familia perfecta y los hijos siempre dan disgustos a los padres. El quinto hijo del herbolario y sobrino de su hermana la viejita maestra era uno de esos ejemplares. Su padre el herbolario, viendo que era el más inteligente de sus hijos y el que más retentiva tenía, pensó que podría un día hacerse cargo de su herboristería.



El muchacho, durante bastante tiempo, estudió con su padre y recorrió con él colinas y montañas aprendiendo el nombre de las plantas, su color y características y, lo que es más importante, sus aplicaciones y efectos. Cuando ya casi había alcanzado todo el conocimiento de su padre el herbolario, decidió que no le gustaba aquella profesión y optó por marchar a la capital del reino a probar fortuna con el arte de pintar retratos.

Su padre rogó y suplicó, gritó y se enfadó, se mostró liberal y lo encerró. En fin, hizo todo lo que sabía para disuadir a su hijo y en último término tomó la gran decisión (por otra parte la única posible): Dejó marchar al hijo con unos cuantos consejos, una pequeña cantidad de dinero y la promesa de que siempre podría volver a casa de su padre, si las cosas le iban mal.

El muchacho llegó un día a la capital y fue a visitar a su tía, la viejita maestra. Esta lo recibió encantada. Como nunca se había casado ni tenido hijos, al saber el proceso por el que su sobrino había decidido llegar a ser un gran pintor, le alabó la elección, le alentó y le auguró un futuro prometedor. Así mismo le dijo que ella podía alojarlo todo el tiempo que hiciera falta y ayudarlo en las pequeñas cuestiones materiales como comer cada día y tener con que vestir, hasta que él pudiera valerse por sí mismo.

El hermano de padre y de madre y la viejita maestra, como eran personas ilustradas, aunque no les pareciera muy productivo lo de ser pintor, en el fondo estaban encantados con la posibilidad de tener un pariente artista. Ya se sabe que la gente que ha leído y estudiado es a veces muy excéntrica. Esta rareza impidió que unos y otra se apercibieran de que en aquel tiempo ya pasado, en aquel reino en el que había un rey que mandaba poco y un gran visir que mandaba mucho, además de muchos súbditos corrientes, las artes se veían como una pérdida de tiempo y, en particular, la más despreciada era la pintura.

La poesía al menos servía para la propaganda del gran visir. Unos buenos versos bien rimados, contando sus hazañas y logros, eran más fáciles de aprender por pegadizos y, si además se acompañaban de una música adecuada y cercana a un sonsonete, todavía mejor. Por otra parte, el gran visir, que mandaba mucho, necesitaba palacios en los que residir, tanto en la capital como en las ciudades importantes que visitaba, a las que debían conducir caminos bien apisonados y puentes anchos por encima de los cuales cruzar cómodamente y sin sobresaltos los barrancos y los ríos. Así que favoreció la arquitectura y la ingeniería. Por supuesto, el gran visir que mandaba mucho, era un hombre amante de las comodidades, pero también era consciente de que debía agasajar y mimar a sus ilustres visitantes, de manera que se preocupó de dotar a sus palacios con toda clase de elementos refinados, con lo que artes menores como la ebanistería o la orfebrería, la confección de tapices y alfombras o la forja de hierro para lámparas y



pasamanos florecieron y fueron muy valoradas. Como el gran visir tenía que justificar su amor por el boato, cada vez que inauguraba un palacio, permitía que el rey que mandaba poco inaugurara otro palacio semejante y así todo aquel gasto pasaba a ser simplemente una necesidad de Estado.

Siempre hay gente que quiere parecerse a los que mandan mucho o a los que viven muy bien y, para lograrlo, casi nunca se retiran a una modesta casa de campo, caliente en invierno y fresca en verano, sino que copian directamente lo que hacen los que ellos consideran como gente importante. La afición constructora y decoradora del gran visir que mandaba mucho y, consecuentemente, del rey que mandaba poco eran los paradigmas por los que se regían aquellos que querían asemejarseles. Por ello, ya digo, que algunas artes se vieron muy favorecidas. Incluso la escultura. En particular las estatuas ecuestres. El gran visir era muy aficionado a las estatuas ecuestres, quizá porque en ellas conseguía mantenerse sobre el caballo.

Pero si había un arte poco valorada y totalmente inútil ésa era la pintura. ¿Por qué?, se dirán. Muy sencillo. El gran visir que mandaba mucho era un señor feísimo. De pequeña talla, tenía una enorme cabeza y unas piernecillas ridículas. Su rostro, ni ancho ni largo, tenía una protuberancia de forma indefinida que hacía las veces de nariz. Bajo ella, un bigotillo apenas ocultaba unos labios demasiado gruesos y unos dientes prominentes, que escapaban de los de la carne de los labios. A ambos lados de la protuberancia y bajo espesas y rígidas cejas, carentes de toda expresión, tanto que parecían pintadas, dos aberturas como ojales cosidos por mano inexperta hacían las veces de ojos. Y digo hacían las veces, porque aquellos ojos parecían de cristal. Eran dos pequeñas bolitas oscuras, frías e inexpresivas, que resultaba difícil creer que pudieran ver algo.

Por si su aspecto no fuera ya bastante deplorable, el hombre aquel hablaba casi sin abrir la boca, jamás sonreía y mucho menos era de risa fácil. Siempre presentaba un aspecto ceñudo y como de permanente enfado. Si alguna vez intentaba sonreír o reír, entonces era mucho peor. Su cara feísima se descomponía en una mueca absurda que hacía que sus ojos desaparecieran, la boca se torciera hacia un lado y de entre los dientes caballunos surgiera una especie de ruido más parecido a un relincho o rebuzno que a una carcajada. Se había comprobado que, más de una vez, alguna madre imprudente había asistido a una audiencia pública con su hijo o hija pequeños y que el gran visir había intentado ser agradable con la criatura, haciéndole una caricia y soltando algún chascarrillo (era muy aficionado a decirlos y se reía de buena gana de sus propios chistes), pero la criatura había estallado en un llanto convulsivo que sólo lograban calmar los médicos de palacio a base de suministrar al niño o niña unas gotas de láudano. Así



mismo se sabe que más de una de esas desafortunadas criaturas había padecido luego terrores pánicos durante meses e incluso años. Se comprenderá por qué el gran visir que mandaba mucho no estimara especialmente el arte de la pintura, en particular en su vertiente de retrato.

Tal vez, algún espíritu observador se pregunte por qué en cambio amaba la escultura y se dejaba retratar a caballo. Debo permitirme explicar que las estatuas ecuestres se colocan sobre un alto pedestal o encima de un arco o en medio de una fuente, por lo que el espectador las ve desde lejos. Suele adornarse al caballero, además, con todos los atributos de su rango; el amplio turbante, ornado con un penacho de plumas al viento, la capa, la espada, los zaragüelles abultados, la espuela, el bastón de mando, etc. etc. Y por si el que contempla la estatua no ha caído en quién sea el representado, en el pedestal y en letras bien grandes para que no haga falta acercarse mucho, se pone el nombre del representado junto con todos sus cargos. La distancia, acompañada de tantos atributos y pistas para la interpretación de cuál sea el personaje, hacen innecesario el parecido con el retratado. Reto a alguien que busque en los anales de la historia la mención de un sólo busto del gran visir que mandaba mucho.

En aquel tiempo, como en otras épocas ya pretéritas, el reino en el que reinaba un rey que mandaba poco y había un gran visir que mandaba mucho y donde vivían la viejita maestra, su hermano el herbolario, sus hijos y el aspirante a artista, no estaba sólo. Al otro lado de sus fronteras había otros reinos parecidos, con su capital y sus provincias lejanas. Incluso es posible que también en aquellos otros reinos hubiera reyes y visires, viejitas maestras y sobrinos díscolos, pero no me voy a entretener en ello porque no hace mucho al caso. No obstante, sí que es conveniente insistir en que, en aquellos lejanos tiempos era frecuente que sobre muchos reinos de ese tipo hubiera un imperio. Un imperio es algo difícil de definir. A pesar de que pueda parecer una digresión, voy a dedicar unas líneas a tratar de aclarar cómo eran y para qué servían aquellos imperios antiguos.

Veamos. Un imperio es como un reino donde hay un rey que se llama emperador y que, a diferencia del rey de nuestro reino, manda mucho como si fuera un gran visir. De hecho, en un imperio, los grandes visires mandan muy poco. Incluso los grandes visires de otros reinos en realidad, aunque manden mucho en su reino, mandan poco en relación con el emperador. Dicho de otra manera; parece que mandan mucho porque se comportan como si sus órdenes fueran propias, pero en realidad no hacen más que mandar lo que manda el emperador. Una cuestión importante es tener en cuenta que, los grandes visires del imperio o de los reinos, normalmente mandan cosas que no se le pasan por las mientes al emperador, pero ellos piensan que esas cosas favorecen al emperador o que si al emperador se le hubieran ocurrido, sin duda las mandarían.



Intentan, por lo tanto, adelantarse al pensamiento y a los deseos del emperador, lo que es bien difícil. De una manera poética podríamos decir que el emperador es un rostro que se asoma a un estanque de aguas tranquilas. El estanque es el gran visir y, por tanto, refleja el rostro del emperador. Si el emperador no se asoma al estanque, el estanque, en cambio, guarda memoria del rostro del emperador y sigue reproduciendo su imagen en su tersa superficie. ¿Ha quedado claro?

Bien. Más allá de las fronteras del reino, estaba el imperio. El emperador del imperio era una especie de calco de nuestro gran visir que mandaba mucho. O, dicho de otra manera, nuestro gran visir que mandaba mucho era una copia exacta del emperador. Consecuentemente, los súbditos corrientes eran idénticos y sentían igual consideración por las artes que la que sentían los habitantes de nuestro reino, aunque es de sospechar que en el imperio también debía haber alguna gente peculiar como nuestra viejita maestra, nuestro herbolario y su díscolo hijo. Pero esto no nos importa sino es para que nos hagamos cargo de las cosas extrañas que pasaban en aquellos tiempos ya lejanos. No debe olvidarse que este cuento empieza, como a mí me hacía ilusión empezar, con la frase: «Hace mucho tiempo». Y esto es importante de retener, porque si se pierde de vista, la historia no tiene ninguna gracia, incluso puede parecer algo cotidiano y sin misterio.

Volvamos a lo que decíamos. Debe quedar bastante claro que de alguna manera nuestro gran visir que mandaba mucho no era, sin embargo, totalmente responsable de sus órdenes, porque, en realidad, él era el espejo del emperador y toda responsabilidad, pues, debería imputársele a él. Habrá espíritus críticos que digan que el gran visir que mandaba mucho podría haber tenido alguna idea propia, pero esos no han estado atentos a este cuento. Ya he dicho que las opiniones diferentes no estaban bien vistas, porque no conducían a nada. Por otra parte, también he dicho que es bien difícil tratar de adivinar cuál sea el pensamiento del emperador para adelantarse a sus deseos. Este esfuerzo no deja tiempo para otra cosa.

Supongo que haya quien con carácter recalcitrante insista en que bien podía el gran visir que mandaba mucho pensar algo por cuenta propia. A este le daré un último razonamiento y dejaré el tema, porque en verdad es difícil situarse y comprender las mentalidades de los tiempos antiguos y si nos detenemos en tanta explicación esta historia sólo escrita para poder empezar con lo de «hace mucho tiempo» se volverá interminable.

Vamos a ver. El gran visir que mandaba mucho tenía sus propios propagandistas que escribían su historia. Sin embargo, él, que era feísimo pero inteligente, se daba cuenta de que la Historia, con mayúsculas, era únicamente la que escribían los propagandistas del emperador. Si



él quería tener un participación en la Gran Historia, no tenía más remedio que participar activamente, se le pidiera o no, en los actos del emperador. ¿Queda claro? En cualquier caso, no daré más explicaciones. Volvamos a nuestro asunto.

El hijo del herbolario y sobrino de la viejita maestra se instaló en casa de su tía y empezó a organizar su tiempo. Se levantaba temprano, salía extramuros de la ciudad y recogía plantas y tierra de diversos colores para confeccionar sus pigmentos. Volvía a casa y se encerraba en un cuartito que le había cedido como taller su tía, la viejita maestra, y se pasaba el rato, hasta la hora de comer, preparando las plantas para secar, mezclando las tierras con aceite y sebo o con cera, llenando tarros y poniéndoles letreros. Otro día salía a cazar y buscaba tejones y otros animalitos pequeños como martas o musarañas, a los que luego desollaba y pelaba para componer sus pinceles. Para ello, escogía ramas semi-secas, las tallaba en forma de mango y ataba cuidadosamente con cordeles finos los pelos de los animales en un extremo. Recorría los distintos barrios de la ciudad, recogiendo trapos que la gente arrojaba, papeles de envoltorios, cartones y trozos de madera. Todos aquellos desechos los trataba cuidadosamente con lejías, cola hecha con clara de huevo y les daba una capa de albayalde, de aceite o de cera según los casos.

Cuando ya tuvo, al cabo de unos meses, todos los materiales con los que pintar y los soportes sobre los que hacer sus ensayos, se sumió en la más terrible de las dudas. Paseó por la ciudad buscando rincones que le inspiraran, observó a la gente en el mercado y también las mercaderías, se detuvo a ver los juegos de los niños, entró en las tabernas, asistió a rituales religiosos, incluso esperó toda una mañana para ver pasar el cortejo del gran visir que mandaba mucho, pero nada de todo aquello le ayudó a decidirse por un estilo de pintura. El paisaje urbano, marcado por unas construcciones que no se distinguían unas de otras si no era por la acumulación de adornos, los rostros de la gente que se parecían unos a otros como gotas de agua porque todos vestían de manera parecida y se peinaban según la moda del momento, los niños que jugaban sin alegría, los borrachos que bebían por costumbre y alborotaban con tristeza, las mercaderías, en particular pescados, frutas y verduras, que parecían objetos hechos por la mano del hombre, no le inspiraban nada.

Desazonado, se sentó frente al hogar una noche y le dijo a su tía, la vejita maestra:

- Tía querida, nada me inspira. Tal vez me haya equivocado en esta mi decisión de ser pintor.

La tía replicó:

- Sobrino querido, ¿has pensado en el paisaje?



- Sí -respondió. Pero la luz es tan poco cambiante que el verde es siempre verde y el amarillo es siempre amarillo. El azul del cielo es tan azul que no me dice nada. Las calles apenas tienen sombras y las fachadas de las casas se parecen unas a otras tanto que no puedo notar las diferencias.

- ¿Se te ha ocurrido pintar una escena de costumbres?

- Sí. Para eso he recorrido la taberna, el mercado, la fuente y el río. He observado los juegos de los niños e incluso el boato de las celebraciones religiosas o el cortejo del gran visir. Sin embargo, todo ello aparece ante mis ojos como algo establecido y movido por unas leyes inmutables y no me dice nada. Estoy verdaderamente desolado. ¿Qué puedo hacer?

La tía quedó un rato pensativa y al cabo de un tiempo exclamó:

- Espera hasta mañana. Déjame que duerma con esta preocupación y seguro que en el sueño hallo una respuesta o, al menos, una idea que te sea útil.

A la mañana siguiente, muy temprano, la tía despertó al sobrino y le pidió con gran misterio que la acompañara al sótano de la casa. Era un lugar oscuro al que se llegaba por una desvencijada escalera. La viejita maestra prendió una vela y guió a su sobrino entre una serie de bultos que, en la penumbra, parecían muebles en desuso, cajas y baúles cerrados. Al fin, llegaron junto a la pared del fondo de la habitación y frente a un gran bulto, cubierto con un ajado paño, se detuvieron. La viejita dijo:

- Destápalo.

Así lo hizo y bajo el ajado paño apareció un espejo que había perdido el azogue en algunos puntos, pero que aún reflejaba lo que se ponía ante él con cierta nitidez.

- Cárgalo. Dijo la tía.

El muchacho se echó al hombro el pesado espejo y ascendió a la habitación superior por la desvencijada escalera. Una vez allí, lo colocó en medio y se miró en él. Vio un rostro marcado por la perplejidad y se volvió a preguntarle a su tía:

- ¿Cómo puede ayudarme un viejo espejo?

La tía replicó: Mira, hijo, cuando yo era joven, era bastante hermosa y me gustaba mirarme en los espejos. Mi padre me regaló éste cuando cumplí diecisiete años. Más de cuarenta años lo he tenido en mi habitación y me he contemplado en él cada mañana al despertar y cada noche al irme a dormir. Mirándome en él he comprendido y aprendido muchas cosas; qué es el paso del tiempo, cómo es mi cara cuando soy feliz o desgraciada y cómo mi propia compañía es la única verdadera. Muchas cosas he aprendido que sería largo de contar. Un día vi que me había convertido en una anciana y supe que la siguiente imagen que reflejaría el espejo sería la de mi



muerte, pero ésa ya no podría verla yo, así que decidí que el espejo había cumplido su misión y lo hice bajar al sótano y me olvidé de él. Ante tu preocupación, se me ocurrió durante el sueño que tal vez pudiera ayudarte. Llévelo a tu taller y mírate en él cuanto necesites, hasta que encuentres un motivo de inspiración o descubras que ser pintor en un tiempo como éste a lo mejor no es lo que debes hacer.

El aspirante a pintor, hijo del herbolario y sobrino de la viejita maestra que vivía en un reino donde había un rey que mandaba poco y un visir que mandaba mucho y que quería ser igual que el emperador y de esto hace mucho tiempo, cada mañana y cada noche se sentaba frente al espejo y se observaba cuidadosamente. Se miraba de frente y de lado. Se miraba boca arriba y bocabajo. Se miraba en pie, sentado y tumbado. Ayudándose con un cristal se miraba de espaldas. Ahora se miraba fijamente la cara, luego las manos, después los ojos, ahora los pies. Poco a poco fue aprendiendo cosas acerca de sí mismo y decidió salir a la calle para ver si los demás sentían o sabían de sí mismos las mismas cosas. Muy despacito, agobiántemente despacito, empezó a vislumbrar que los hombres, mujeres y niños, incluidos los borrachos, los hombres de religión, los mercaderes y las prostitutas, todos, todos, sabían todas las cosas que él descubría mirándose al espejo. Lo supo mirándoles a los ojos. Un día se aventuró a preguntar a unos que pasaban acerca de ello. Pero éstos lo miraron espantados, luego echaron un vistazo temeroso a su alrededor y le contestaron:

- No es conveniente que haga usted estas preguntas. Este es un reino que funciona muy bien. Todo marcha y esas preguntas son desestabilizadoras. Si quiere confirmarlo, pregúntele a los consejeros del gran visir, a los notables, a los mercaderes, a los borrachos o las prostitutas y los hombres de religión. Hasta los niños saben eso. No diremos nada porque nos cae usted muy bien, quién sabe por qué.

Más perplejo que la primera vez que se miró al espejo regresó aquel día a casa de su tía la viejita maestra. Cuando ella llegó, el sobrino aspirante a pintor le explicó lo que le había pasado y lo que había aprendido mirándose al espejo y lo que había descubierto en sus conciudadanos y, sobre todo, le habló de su desconcierto por la reacción de aquellos viandantes. La tía le dijo:

- Espera aún un poco. Mírate más y sabrás qué debes hacer. Entonces podrás decidir si debes pintar o dejar la pintura y dedicarte a otra cosa. La perplejidad es la menor de las sabidurías.

Durante semanas, el sobrino se encerró en el taller y sólo salía dos veces a cenar o comer, según la hora del día. No dejaba que entrara su tía en el taller y tampoco le explicaba qué



hacía allí. Esta estaba muy curiosa por saber, pero callaba, respetando el silencio de su sobrino, porque, en el fondo, estaba orgullosa de él. No explicaré por qué se sentía orgullosa, ya que creo que cualquiera hoy se sentiría igual. No era así en aquel tiempo lejano, pero hoy... Bueno, hoy sería absurdo plantearse una cuestión así. Esto es algo que no puede ocurrir hoy.

En fin. Un día el sobrino salió del taller a hora desacostumbrada, cogió casi en volandas a su tía, la metió en el taller y le mostró su trabajo. Allí, frente a la puerta, había un lienzo de enorme tamaño, montado sobre un bastidor y apoyado en un caballete, en cuya superficie se representaba un hombre adulto de gran estatura, con hermosos cabellos largos y ensortijados, unos profundos ojos que miraban con expresión entre burlona, seria y serena. Su cuello poderoso, que sostenía una cabeza proporcionada, se asentaba sobre unos hombros anchos y torneados que se extendían en unos brazos musculosos, rematados por manos grandes y fuertes, de dedos largos y uñas bien conformadas, que descansaban en una cadera levemente inclinada hacia un lado. El pecho y el vientre eran como los de un atleta, vellosos, fornidos, pero cálidos. Las piernas recias, rectas y musculosas terminaban en unos pies grandes de dedos huesudos pero hermosos. Entre las piernas y semiculto por el vello, se entreveía el sexo en posición de reposo y con un tamaño adecuado a la corpulencia del individuo retratado.

La tía contempló el cuadro y exclamó:

- ¡Eres tú! ¿Por qué te has retratado desnudo?

- Tía querida, creo que así es como soy: Alto, fuerte, hermoso, pero sin nada que me defina más que mi desnudez como prueba de mi fragilidad. Soy grande y pequeño al mismo tiempo. Soy fuerte, pero indefenso, al mismo tiempo. Esto es lo que soy y lo que somos todos. Ahora podré pintar a todos los que quieran verse tal como son. Voy a coger mi cuadro y lo voy a llevar al mercado. Seguro que más de uno querrá tener un cuadro de sí mismo como éste, porque aunque se ve que hay una contradicción importante entre la fuerza aparente y la real fragilidad, sin la ropa se ve también de forma evidente que soy libre, que todos somos libres y auténticos. Estoy muy contento. Tuviste una gran idea. Eres una magnífica maestra. Gracias.

El muchacho que había sido aprendiz de pintor y ahora era un pintor consumado, se cargó su cuadro y se fue a la plaza del mercado. En este punto debo decir, en honor a la verdad que, como pasa con frecuencia al contar historias de un pasado muy remoto, ésta me ha llegado con diversos finales, cada uno más sorprendente e incomprensible. Como no sé cuál encaja mejor con aquellos tiempos pretéritos, voy a esbozarlos.

Un final dice que, no bien llegó al mercado con su cuadro, se formó un tumulto importante. Los guardias vinieron y se llevaron al pintor y su cuadro ante el gran visir quien, al



ver el cuadro, sufrió un desmayo. Al volver en sí decidió hacerse él también un retrato igual y contratar al pintor.

Otro dice que, no bien llegó al mercado con su cuadro, se formó un tumulto importante. Los guardias vinieron y se llevaron al pintor y su cuadro ante el gran visir quien, al ver el cuadro, sufrió un desmayo. Al volver en sí decidió encarcelar de por vida al pintor, quemar el cuadro y borrar su nombre de las listas de ciudadanos de aquel reino donde había un rey que mandaba muy poco y un gran visir que mandaba mucho.

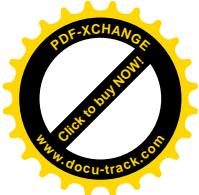
Otro dice que, no bien llegó al mercado con su cuadro, se formó un tumulto importante. Los guardias vinieron y se llevaron al pintor y su cuadro ante el gran visir quien, al ver el cuadro, sufrió un desmayo. Al volver en sí decidió que examinaran el asunto los sabios del país y todos fueron unánimes al decidir que se debía encarcelar de por vida al pintor, quemar el cuadro y borrar su nombre de las listas de ciudadanos de aquel reino donde había un rey que mandaba muy poco y un gran visir que mandaba mucho.

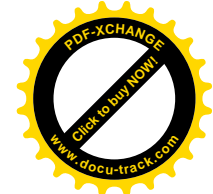
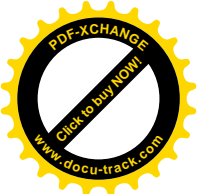
Otro dice que, no bien llegó al mercado con su cuadro, se formó un tumulto importante. Los guardias vinieron y se llevaron al pintor y su cuadro ante el gran visir quien, al ver el cuadro, sufrió un desmayo. Al volver en sí decidió que examinaran el asunto los sabios del país y todos, menos uno, fueron unánimes al decidir que se debía encarcelar de por vida al pintor, quemar el cuadro y borrar su nombre de las listas de ciudadanos de aquel reino donde había un rey que mandaba muy poco y un gran visir que mandaba mucho.

Por fin, hay un último final que dice que, no bien llegó al mercado con su cuadro, se formó un tumulto importante. Los guardias vinieron y se llevaron al pintor y su cuadro ante el gran visir quien, al ver el cuadro, sufrió un desmayo. Al volver en sí decidió que examinaran el asunto los sabios del país y todos fueron unánimes al decidir que se debía premiar a aquel hombre con una renta de por vida, que todos deberían hacerse retratos semejantes y enviárselos al emperador. El rey que mandaba poco y el gran visir que mandaba mucho estuvieron de acuerdo con aquel dictamen y así lo hicieron.

No sé por qué este final es el que me parece menos verosímil, quizá yo tampoco entienda cómo funcionaban las cosas en los tiempos antiguos. En cualquier caso, ningún final dice qué pasó con la viejita maestra, con su hermano, el herbolario, con sus cuatro sobrinos comerciantes ni con la gente que estaba en el mercado cuando el pintor llevó allí su cuadro y estos olvidos siempre me han fastidiado en los cuentos. Pero, así es.

De todas maneras, si un cuento empieza por «hace mucho tiempo», tal vez sea conveniente (y me hace ilusión) acabarlo con: Colorín, colorado, este cuento ha terminado.

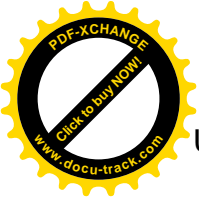




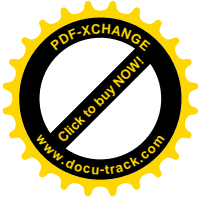
VEJEZ

- ¿Te acuerdas de cuando nos sabíamos todas las palabras?
- Sí. Ahora, cuando no puedes hablar de corrido, ¿qué haces?
- Todavía me acuerdo de que puedo buscarlas en el diccionario.

Las dos siguieron sentadas en sus mecedoras, con la mirada perdida en el infinito.



UNA MAÑANA DE PLAYA

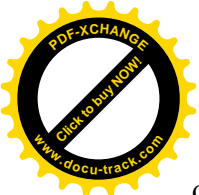


Esta mañana he bajado a la playa, como siempre, a las nueve y diez. Sólo había un señor pescando con un par de cañas instaladas en la orilla. El hombre iba bien pertrechado; su silla para sentarse a esperar que piquen los peces, sus cestas con los aparejos, una botella con agua, la gorra bien calada y camiseta. Cuando he llegado y plantado mi silla en la arena, el hombre me ha mirado con recelo. Comprendí que pensaba que le espantaría la pesca. Se ha tranquilizado cuando, tras el ritual de desvestirme, extender la toalla y sacar mi libro de la bolsa, me he sentado tranquilamente a leer, sin emitir ningún ruido.

La confianza en que yo no le estorbaría en su tarea, le ha conducido a comprobar las cañas. Unas cuantas algas largas y parduzcas estaban enrolladas al final del sedal. Ha lanzado con habilidad el hilo al agua y me ha mirado con un cierto aire desafiante, como si me advirtiera: No se te ocurra meterte en el agua a espantarme los peces. Yo no he pestañeado y he fingido estar muy atenta a lo que leía, mientras observaba con el rabillo del ojo todos sus movimientos.

Unos ladridos lastimeros nos han sacado a los dos de nuestras tareas repentinamente. Una pareja, hombre y mujer, bajaban por la cuesta y dejaban atado a su canijo chuchó en las pilastras de la balaustrada que rodea la playa. Una vez se han asegurado de que el perro estaba bien sujeto y no podía bajar a la playa, –hay un cartel que prohíbe la entrada de perros a la arena, bajo multa de algo que se ha borrado o han borrado deliberadamente- hablando a gritos entre ellos y haciéndole visajes al perro, que seguramente temía que aquello no fuera temporal sino permanente, se han lanzado al agua.

Sus aspavientos y voces dirigidas al perro, los aullidos y quejas de éste que aún no alcanzaba a comprender que no le habían abandonado, los chapoteos y exclamaciones acerca de la temperatura del agua, me han impedido seguir leyendo con tranquilidad. De manera que me he puesto a observar la escena para ver si había indicios de que acabara pronto aquel juego. Un murmullo me ha hecho volver la cabeza, el pescador, con gesto airado, recogía sus bártulos, lanzando miradas enfurecidas contra aquella pareja de ruidosos y su maldito y llorón perro. De paso, me miraba a mí como queriendo hacer un frente común contra los intrusos.



Pensé, qué voluble es este hombre, no sé cómo puede tener una afición que requiere de gran paciencia y de un carácter sosegado. De vez en cuando, entre acción y acción, entre mirada de connivencia y de reproche, lanzaba miradas al mar, como conminando a los peces a que picaran en la última oportunidad que podía concederles. Pero enrolló el hilo de la última de las cañas y las algas largas y parduzcas volvieron a aparecer. Definitivamente vencido, el hombre agarró por orden sus pertenencias y enfiló hacia la salida de la playa.

En ese momento me pareció que unas cabecitas plateadas asomaban por encima de las olas, con las boquitas abiertas y sonrientes. Me pareció que había tomado demasiado sol y me eché al agua sin más. Un suave roce me hizo cosquillas en los tobillos, mientras nadaba, y el perro dejó de aullar.

